

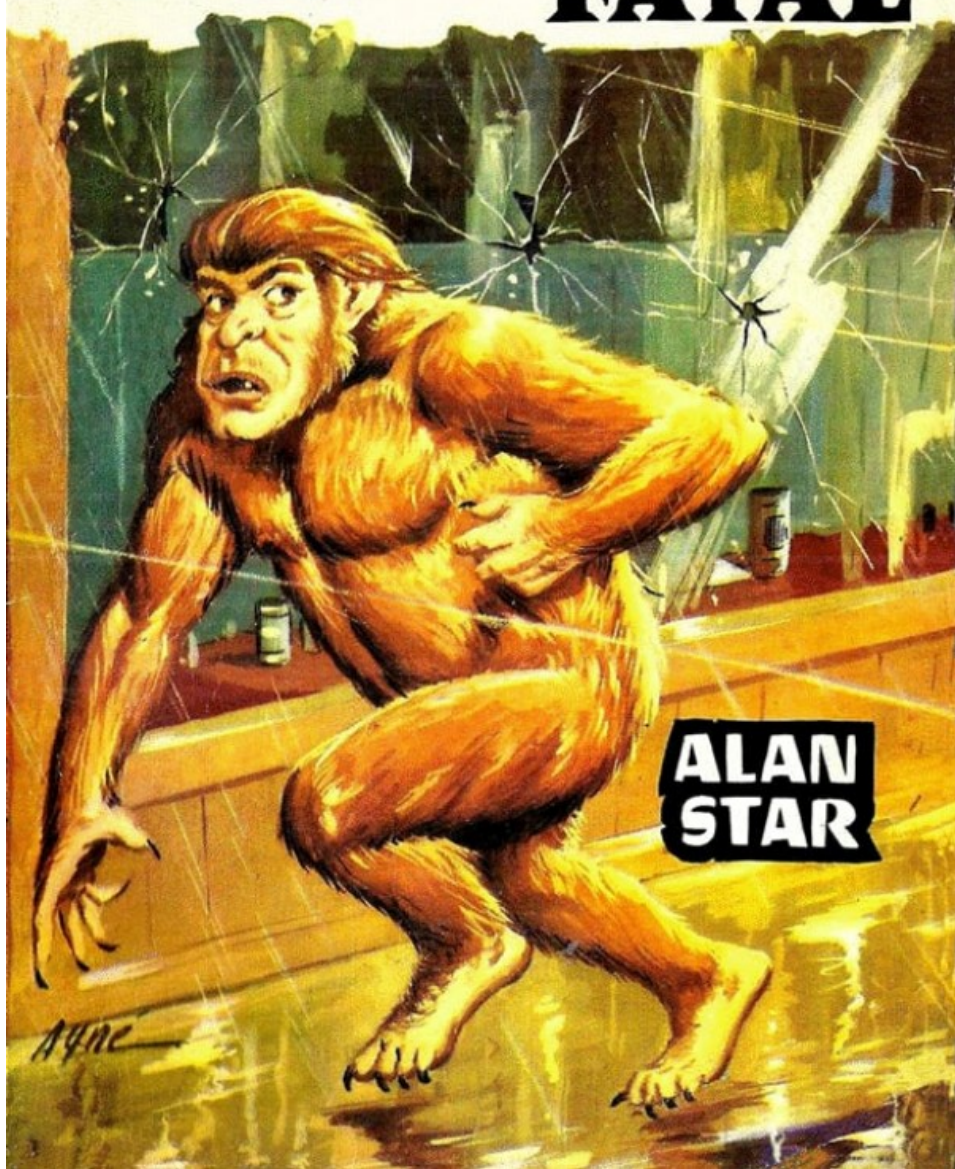
S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

VIRUS FATAL

**ALAN
STAR**

Agne



VIRUS FATAL



Virus Fatal

por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51 — 63
B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. —1960
Depósito legal: B. 8.471 — 1960
Número de Registro: 3.306 — 60

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A. —Arnaldo de Oms, 51 — 53—
Barcelona

VIRUS FATAL



CAPÍTULO PRIMERO



El zumbido del teléfono hizo que Howard frunciase el entrecejo, sin que su atención dejase, por ello, de concentrarse en los planos y diseños que tenía ante él y que llevaba examinando y estudiando hacía dos horas, ¡Ringggggg...! Se apoderó con un gesto brusco del aparato y, antes de que la voz de la secretaria sonase, exclamó:

—¿No he dicho que no se me molestase bajo ningún motivo, señorita Cursell?

—Perdone, señor, pero...

—¿Pero qué?

—Pero ese hombre insiste. ¡Lleva una hora y media esperando!

El entrecejo de Howard se frunció más intensamente.

—¿De qué hombre me está usted hablando?

—Le anuncié, señor, hace hora y media. Es un tal Conway, un joven que ha llegado de Venus.

—¿Y qué quiere ese hombre?

—No lo sé. Dijo que era muy importante y que deseaba decírselo personalmente a usted.

Howard, con un gesto amplio que lo abarcaba todo, extendió su brazo derecho hacia los papeles que abarrotaban su mesa, como si la muchacha pudiera verle.

—¿Es que no se da usted cuenta del trabajo que tengo? ¡Se trata del último modelo de los televisores «Perelle», una verdadera maravilla! ¡Lo que estábamos esperando desde hace tanto tiempo!

Al otro lado del hilo, la joven permaneció en silencio.

Tras aquella pausa, Howard murmuró:

—¡Vaya ocurrencia! En realidad, no sé qué hacer...

—¿Quiere que le diga que vuelva otro día?

—¡Eso es! ¡Dígaselo!... Pero ¡espere! Lo mejor es terminar de una vez y saber qué quiere ese importuno visitante. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Conway.

—Bien. Hágale pasar, pero adviértale que no puedo concederle más de cinco minutos.

—De acuerdo, señor.

Dejó Howard el aparato, echando una nueva ojeada a los planos que tenía ante él.

¡Era estupendo!

Durante quince años, trabajando incansablemente en colaboración directa con un centenar de técnicos, había perseguido aquel objetivo: lograr que la pantalla de sus ya famosos aparatos proyectase «fuera», realzando la pobre sensación de relieve que se había conseguido hasta entonces.

«¡Y allí estaba!

Contempló amorosamente los planos, fruto de tanto esfuerzo y desvelo, imaginando ya la salida de los nuevos aparatos, viéndolos en los amplios y bien iluminados escaparates de las tiendas de todo el mundo, haciendo que su nombre, PERELLE, ya famoso, se cotizase como el del mejor fabricante de televisores del mundo.

Sonrió.

Y fue entonces cuando unos discretos golpes sonaron en la puerta.

Estaba tan abstraído que tuvo que hacer un nuevo esfuerzo para tomar contacto con la realidad y recordar las palabras que le había dicho su secretaria, momentos antes.

—¡Qué lata! —dijo en voz alta. Y alzándola un poco más—: ¡Adelante! —gritó.

La puerta se abrió.

Un hombre joven, elegantemente vestido, apareció en el umbral. Había algo en él que no dejó de llamar la atención del hombre de negocios sin que, no obstante, llegase a precisar qué era.

Invitó:

—Pase, pase...

Cuando el recién llegado estuvo junto a la mesa de despacho, indicó:

—Siéntese, pero recuerde que no puedo concederle más de cinco minutos-hizo un gesto, señalando los planos —ya comprenderá que estoy ocupadísimo.

Tomó asiento el otro con un esbozo de sonrisa en los labios.

—Habrá bastante con cinco minutos, señor Perelle.

—Pues puede empezar —dijo el otro, dejándose caer en su sillón giratorio.

—Bien. Acabo de llegar de Venus y formo parte de la Organización Pro Ayuda a los Enfermos de los Pantanos.

—¿Quiénes son?

—Ya sabe que los trabajadores, en aquellas zonas, laboran en zonas afectadas por una malaria pertinaz que la medicina no ha podido combatir aún.

—Sí, creo que he leído eso en alguna parte; pero ¿qué vengo yo a hacer ahí?

—Necesitamos fondos, señor.

Los ojos de Perelle brillaron, coléricamente.

—¿Y para eso me molesta, robándome un tiempo precioso? ¿No podía haberlo dicho a mi secretaria, que ya está autorizada para disponer de pequeñas sumas para estos casos...?

La sonrisa en el rostro del visitante no hizo más que acentuarse.

—Lo comprendo, señor, pero no se trata de una «pequeña» suma.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted decir?

Y como el joven no respondiese, añadió:

—¿Es que se atreve a fijar una cantidad?

—No es eso: se trata de una obra de gran importancia y ya sabe que los medios, en Venus, son muy pocos. Todo el mundo se ha visto atraído por Marte, donde las colonias prosperan. ¡Pero Venus...! Sólo pobreza, miseria, insuficiencia de medios...

—Todo eso está muy bien, pero creo saber que el Consejo Mundial se ocupa de esos asuntos. ¿No es cierto?

—No es cierto, señor. Venus, por el momento, está dentro de lo que se llama «fase primera»; es decir: los que van a trabajar allí lo hacen bajo su exclusiva responsabilidad. Por eso, el Consejo

Mundial no se ocupará de ese planeta hasta que decida ocuparlo con las misiones especiales, como hizo en Marte.

Howard tuvo la sensación de que los cinco minutos que iba a conceder a aquel hombre se* estaban acabando. Y dispuesto a librarse de él, aunque le costase unos cuantos créditos más de lo que la secretaria hubiera entregado, dijo:

—No perdamos más tiempo, señor Conway. ¿Cuánto necesitan?

—Tenemos que montar un sanatorio, señor.

—He dicho cuánto.

—Un millón de créditos.

—¿Un... qué?

—Un millón, señor.

Howard descargó un formidable puñetazo sobre la mesa.

—¿Está usted loco? ¿O es que quiere tomarme el pelo?

—Hablo en serio, señor. Necesitamos que nos entregue un millón. Naturalmente, puede negarse...

—¡Claro que me niego! ¿Me toma, acaso, por un imbécil? ¿Cree que fabrico los millones aquí, en mi despacho, con una varita mágica?

—El año pasado cerró, usted el balance con tres mil millones de superávit, señor Perelle...

—¿Cómo lo sabe usted?

—Eso no importa; pero creo, francamente, que un millón...

—¡Fuera de aquí! ¡Salga de mi despacho!

—Pero...

—¡Fuera! ¡Esto es un verdadero asalto! Pero ¿qué se ha creído? ¡Fuera le he dicho!

El joven se había levantado, sin dejar de sonreír.

Dirigióse hacia la puerta; pero, cuando había cogido el pomo con la mano, volvióse, mirando al otro.

—Espero que no se arrepienta de esto, señor.

—¿Cómo? ¿Amenazas aún? ¡Salga, canalla!

Se había cerrado la puerta y Howard seguía aún nervioso, no dando crédito a lo que acababa de oír.

Tardó en calmarse y los planos contribuyeron a que olvidase por completo aquella desagradable escena. Una hora más tarde lo recogió todo, ordenando a la secretaria que entregase los planos a la sección técnica.

—Me voy a casa-dijo. —Si hay algo nuevo, llámeme allí.

—Sí, señor.

El chófer estaba en la terraza, junto al helicóptero especial que, minutos más tarde, sobrevolaba la ciudad, dirigiéndose hacia la zona residencial donde Howard poseía una maravillosa mansión, rodeada de árboles y con un lago artificial. Que se había hecho construir.

Cuando el aparato se posó en el minúsculo campo de aterrizaje, al lado de la casa, Howard se extrañó al ver al ama de llaves que corría hacia él.

No pudo evitar un estremecimiento.

Pero, dominándose, conociendo el carácter de aquella mujer que había sustituido a la madre de John, muerta siete años antes cuando el niño vino al mundo, hasta se atrevió a sonreír, seguro de que Hilma iba a decirle que el pequeño no comía o había hecho una de sus travesuras.

Sin embargo, la expresión de la mujer era demasiado asustada para que se tratase de algo sin importancia.

Por eso, apretando el paso, fue hacia ella.

Y cogiéndola por los brazos, inquirió:

—¿Qué ocurre, Hilma?

Ella intentó hablar, pero el llanto se lo impidió y su cuerpo se estremeció al ritmo de los sollozos.

—Domínese, Hilma, por favor... y hable. ¿Qué ha ocurrido?

Ella consiguió controlarse un poco.

Con voz repleta de entonaciones lúgubres, exclamó:

—¡Es espantoso; señor!

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¡Hable, por el amor de Dios!

—John... John...

Era inútil intentar sacar algo de aquella pobre mujer, profundamente conmovida.

Seguro de ello, Howard soltó los brazos de Hilma, avanzando, apresuradamente, hacia la casa.

La mujer le seguía, saltando, a pequeños pasos, debido a la estrechez de su falda ceñida.

Subiendo los escalones de mármol de la entrada, el hombre penetró en el salón, atravesándolo como una exhalación, para llegar a la escalera que conducía a la planta superior, donde, además de la

suya, estaban situadas las habitaciones de la mujer y del niño.

Una vez en la salita en la que desembocaba la escalera, Howard sintió una primera sensación de pánico, como si hasta entonces no se hubiera concretado el miedo.

Entró en la habitación de John.

El niño estaba echado en su camita y su padre vio que sólo llevaba el pantalón del pijama.

Tuvo bastante.

Una sensación de horror le heló la sangre en las venas. Porque el pequeño tenía el rostro y el cuerpo, en toda la superficie visible, cubierto por una densa capa de vello rojizo que le daba el aspecto espantoso de un animal extraño, un ser inferior, salido de alguna selva horrenda.

—¡Dios mío!

Hilma, que había llegado junto a él, seguía llorando.

Durante un buen rato, Howard se quedó allí, petrificado, inmóvil, sin saber qué le ocurría, contemplando al pequeño John, a aquel niño por el que luchaba desesperadamente, esperando poder ofrecerle un día todo lo que había conseguido.

Y ahora...

Pero la realidad penetró en él. Retrocediendo unos pasos, tropezó con Hilma, volviéndose hacia ella.

—¡Hay que llamar a un médico! ¡Inmediatamente!

—Voy, señor.

—Al doctor Pearson.

—Bien.

Abandonó la estancia.

No podía quedarse allí, mirando «aquello» en lo que John se había convertido. Era imposible mirar hacía el niño sin experimentar algo horrible, como la certeza de haberlo perdido definitivamente.

—¡No!

Fue un grito que brotó de su garganta, ronco como un gemido. Tambaleándose, pasó al salón, después de bajar la escalera apoyándose en las paredes, como si temiese caer sin sentido de un momento a otro.

Una vez abajo, sirvióse un vaso de «whisky», dejándose caer luego en uno de los sillones.

¡Cuánto le hubiera aliviado poder llorar!

Pero sus ojos estaban secos, como su boca, como su cuerpo todo.

No supo nunca cuánto tiempo permaneció allí, sujetando el vaso cuyo contenido ni siquiera probó.

Fue cuando una mano se posó sobre su hombro que se volvió, sobresaltado, mirando el rostro del médico que estaba a su lado.

Se puso en pie.

—¡Aprisa, doctor! ¡Tiene que ver al niño!

El otro sonrió, con mesura.

—Ya le he visto.

Ante la expresión de extrañeza de Perelle, el médico explicó:

—Estaba usted tan abstraído que no nos vio pasar. Subimos Hilma y yo, sin atrevernos a molestarle.

—¿Y... qué? —inquirió ansiosamente.

El otro frunció el entrecejo.

—No lo sé aún, señor Perelle. Con toda franqueza, es lo más raro que he visto en mi vida. Parece una regresión total, una «animalización» brusca...

Howard preguntó:

—¿No tendrá cura?

—No hay que desesperarse, amigo mío. Pediré consulta, con varios especialistas en secreciones internas. Veremos.

—¡Llame a quien sea! ¡No importa lo que se gaste! ¡Daría un millón...!

Se quedó como helado.

El médico preguntó, extrañado:

—¿Qué le ocurre?

—Nada... de veras. Ya pasó. Haga el favor de hacer venir cuantos médicos sean necesarios, doctor.

—Bien.

Pero, en cuanto el médico abandonó la casa, Howard se dirigió al teléfono y después de obtener comunicación con uno de los periódicos más importantes del país, pidió:

—Pongan un anuncio, ocupando si es necesario una página entera.

—¿Qué ha de decir ese anuncio?

—Que pongo, a disposición del señor Conway, del Centro de Ayuda para Venus, un millón de créditos en el Banco Central.

¿Entendido?

—Naturalmente, señor.

—¿No podría ponerlo en primera página?

—Eso no es posible, señor; pero podemos pasarlo, al mismo tiempo, por nuestras cadenas de Televisión.

—¡Eso es! Haga cuánta publicidad sea necesaria. ¡No repare en gastos!

—Así se hará, señor.

Dejó el combinado.

Pasándose una mano por la frente, se dijo que era muy posible que acabase de cometer una tontería; pero, de todos modos, algo íntimo parecía animarle, como si hubiera encontrado la solución.

¿Chantaje?

Era posible, pero nada le importaba más que su hijo.

Toda la tarde la pasó en el despacho, haciéndose llevar los periódicos, y ante el aparato de televisión que, como esperaba, dio la noticia cada quince minutos, como una nota de sociedad.

—Señor...

Era el mayordomo.

Howard, sin separar los ojos de la pantalla, preguntó:

—¿Qué hay, Lewis?

—Un señor pregunta por usted.

—¿Quién es? ¿Se llama Conway?

Ahora sí que se había vuelto y el mayordomo vio la luz de esperanza que brillaba en los ojos de su amo.

—No, es un médico; el doctor Holsen.

Howard suspiró.

—Bien, hazle pasar.

Momentos después, un joven alto, de aspecto simpático, con gruesas gafas montadas al aire, entró, sonriente.

—Buenas noches, señor Perelle. Soy el doctor Holsen.

—Le manda mi médico, ¿verdad?

—No... He recibido un aviso de un tal señor Conway.

El corazón de Howard saltó con fuerza, haciendo resonar su pecho.

—¿Un tal Conway?

—Eso es. Me dijo que había un caso de regresión biológica en esta casa y que hiciera el favor de venir a resolverlo.

—¿Re... sol... ver... lo? —balbució Howard—. Entonces ¿será usted capaz de curar a mi hijo?

—¡Ah! ¿Se trata de su hijo? Si me permite verlo...

Lo condujo a la habitación del pequeño y el médico, después de abrir su maletín, observó detenidamente al niño, que no era más que una masa peluda y repugnante, sólo capaz de emitir gruñidos inarticulados.

Como una fiera.

Holsen había sacado una caja de inyecciones y una jeringuilla, poniendo, en el brazo del niño, una inyección.

Luego, guardándolo todo, dijo, satisfecho.

—Ya está.

—¿Cree que curará?

—Mañana estará como siempre.

—¡Dios mío! ¡Gracias, doctor! ¡Dígame lo que le debo! ¡Por favor, pida lo que sea!

—Nada. Ese señor Conway me envió un cheque...

Howard insistió:

—Pero...

—Nada, de verdad. Me han hablado de esa sociedad Pro Venus y sé que usted ha sido verdaderamente magnífico con ella. ¡Si todos hiciesen igual!... Porque la verdad es que poca gente se preocupa de los que sufren. ¡Buenas noches, señor Perelle!

Howard, se había quedado sin habla.

Acompañó al doctor hasta el coche en que éste había llegado, sin poder decir nada, con un extraño nudo en la garganta. Y cuando el birreactor del médico se alejó, quedose allí, a la entrada de la casa, presa de una emoción indescriptible.

No sabía qué pensar.

Por un lado, el que John estuviese enfermo parecía una prueba evidente de algo que no llegaba a entender del todo, pero que rondaba en su cerebro alrededor de una palabra de significado inequívoco: chantaje. Pero, por otro lado, el que aquel misterioso Conway hubiera enviado el doctor para curar al pequeño en cuanto él puso el anuncio en la Prensa, explicaba las cosas desde un punto de vista que los chantajistas no poseían comúnmente.

Penetró después en la casa y no le pasó por la imaginación la idea de irse a dormir. Durante toda la noche, junto con Hilma,

estuvo en el salón, esmerando ansiosamente que el alba llegase.

Fue Hilma la que, al amanecer, cuando subió por enésima vez a la habitación del niño, gritó, con los ojos abrasados de lágrimas, desde lo alto de la escalera:

—¡Suba, señor! ¡Suba!

Howard penetró, en tromba, en la habitación de su hijo.

Una sonrisa de triunfo se pintó en sus labios al ver que el pequeño estaba como siempre y que el vello horroroso había desaparecido.

—¡John! —gritó, arrojándose sobre el niño.

Capítulo

II



ALLOWAN estaba impresionado ante la expresión de dolor que aquel hombre llevaba impresa en el rostro. Le había escuchado, temiendo, al principio, que hubiera perdido la razón, tan inverosímil parecía el relato que le hizo.

Pero después, poco a poco, a medida que los detalles se fueron repitiendo, con una precisión matemática, de acuerdo con las preguntas que Donald formuló, éste no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia.

Y cuando el hombre terminó dijo:

—Veamos, señor Perelle: usted dice que su hijo estaba completamente bien aquella mañana, cuando subió con el ama de llaves a su habitación.

—Así es.

—¿Y el vello rojizo que le cubría el día anterior? ¿Dónde fue a parar?

—Desapareció —repuso el atribulado padre—. Yo también pensé en ello, cuando pasó la emoción que me produjo el comprobar que John estaba curado. Y volví a su habitación, buscando ese vello. Pero no encontré el menor resto.

—Comprendo. ¿Qué ocurrió después?

—Pues nada. John se había recuperado por completo y todos estábamos locos de alegría. —Su voz bajó de tono—. Hasta que empezó a cambiar.

—¿Cómo?

—Su carácter. John era un muchacho divertido, travieso, lleno de vida. Se tornó huraño, reprimido, triste...

—¿Le vieron los médicos?

—¡Naturalmente! Incluso busqué, sin hallarlo, al que le curó tan maravillosamente de aquella horrorosa dolencia.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Holsen.

—Le buscaremos, si ese nombre es el suyo. Siga relatando los hechos, por favor...

—Bien. Los médicos, no supieron decirme qué podía haber cambiado el carácter de John. El mío lo atribuía a la medicina que el doctor Holsen le había inyectado para curarle. De todos modos, yo había preparado, unas largas vacaciones, esperando que aquello distrajera al pequeño. Debíamos haber salido ayer para, Europa.

Hizo una pausa; luego, con voz profunda, murmuró:

—Pero John desapareció ayer mañana.

Como Callowan no dijese nada, prosiguió:

—Fui a la Policía de Nueva York y puede usted estar seguro de que se movieron intensamente, pero sin conseguir nada. Yo no me atrevía a contar toda la historia, por miedo a una publicidad que me hubiera sido fatal. Pero, decidido y contando con el silencio del Comisario general, le dije lo que había pasado y fue entonces cuando me aconsejó tomar el avión y venir a verle.

—Perfectamente. El hecho de que la Policía de Nueva York no haya encontrado al pequeño quiere decir que no debe estar en la ciudad.

—¿Cree que lo han raptado?

—Me extrañaría, ya que no ha recibido usted aviso alguno.

—¿Entonces?...

Callowan sonrió, procurando dar a sus palabras un tono esperanzador que, por su parte, estaba muy lejos de sentir.

—No se preocupe, señor Perelle: encontraremos al muchacho. Es muy posible que el doctor de su casa sea, a fin de cuentas, quien tiene toda la razón. Si la inyección que le puso el doctor Holsen ha

trastornado al niño, podemos tener la seguridad de que le encontraremos en alguna parte, entonces podrá usted internarlo para que lo curen definitivamente.

—¡Dios le oiga!

—¿Ha traído fotos del pequeño?

—Sí; me lo aconsejó la Policía de Nueva York; he traído fotos y algunos rollos de película que hice recientemente a John.

—De acuerdo. Démelos y empezaremos a trabajar inmediatamente.

Poco después, Callowan acompañaba al visitante hasta la puerta de su despacho, asegurándole, con simpatía, que le comunicaría cuanto hubiera de nuevo.

Una vez ante su mesa, pulsó el interfono.

—Señorita.

—Diga.

—Haga venir a Fenner a mi despacho.

—Ahora mismo, señor.

Parker Fenner, alto, rubio, de ojos azules, se sentó frente a su jefe, encendiendo un cigarrillo, ya que se podía fumar siempre en el despacho del «viejo».

—Muchacho, tienes que buscarme en Nueva York una organización Pro Venus: unos tipos que están reuniendo dinero, de una manera un tanto particular, para no sé qué empresas en Venus.

—¿Se ha decidido el Consejo Mundial a llevar el Departamento de Colonias Espaciales?

—No. Venus sigue estando como siempre. Sólo algunos aventureros han ido allí, después que la Comisión de Patrullas Militares estuvo en el planeta.

—Y en esa organización ¿qué he de buscar?

—No sé nada, Parker. Nada. Hay un tal Conway con el que desearía echar una parrafada. Y un tal doctor Holsen con el que tampoco me disgustaría hablar un poco.

—Conway y Holsen. De acuerdo, jefe.

—Ten cuidado y abre bien los ojos. Han pasado cosas que me demuestran que esa gente tiene algunos «ases» en la mano y que tendremos que obrar con cautela si deseamos inculparles de algo. Justamente y por desgracia, la única prueba que podíamos emplear ha desaparecido.

Y contó al agente lo ocurrido.

—¿Dice usted que el niño se convirtió en una especie de mono?

—Eso es.

—Y a ese doctor Holsen, ¿no se le ha podido encontrar?

—No. He preguntado a Ficheros y pronto me enviarán una respuesta. Creo que lo mejor será hacerte un vale para Caja para que te entreguen cuatro o cinco mil créditos. Puedes presentarte ante esos humanitaristas diciendo que, habiendo leído lo de Perelle, estás dispuesto a contribuir, modestamente en la obra Pro Venus.

—Entendido.

—Eso si logras encontrar a Conway o a alguno de sus colaboradores.

—Me dirigiré a los periódicos. Un asunto como el de la entrega de un millón de créditos no ha podido escapar a los Chicos de la Prensa.

—Puede que tengas razón. ¿Algo más?

Parker se puso en pie.

—Nada más. Le comunicaré los resultados utilizando la línea de costumbre, ¿no es así?

* * *

El periodista sonrió.

Luego dijo:

—¡Claro que sí, amigo! Fuimos un equipo entero a visitar a ese tipo. ¡Interesante! Rezuma humanidad por todas partes. Y está dispuesto a publicar las cuentas detalladas, con gastos y todo, para demostrar que no desea quedarse ni con un solo centavo de crédito.

—¿Tiene una oficina?

—Sí. En la Calle Treinta y Cuatro, esquina a la Tercera Avenida: nada extraordinario, dos habitaciones modestas. ¡Ya le digo que son gente que saben lo que se hacen!

—Seguro. ¿Le hablaron de la entrega del señor Perelle?

—¡Naturalmente! Se quedó con la boca abierta cuando se lo dijimos, ya que no había tenido ocasión de enterarse todavía. No lo creía. Nos dijo que llevaba dos meses visitando gente, intentando conmoverles, pero que no había logrado nada. Y que lo del magnate de la Televisión era un gesto maravilloso, no sólo por el importe de la suma entregada, sino porque el ejemplo cundiría y podría reunir

lo mucho que necesitaba para ayudar a los pobres colonos de aquel planeta.

—Pero ¿ha olvidado que esa gente fue allí voluntariamente y bajo su sola responsabilidad? Venus no ha sido considerado aún «colonizable» por el Consejo Mundial.

—¡Ya lo sé! Pero desde que las Patrullas se posaron allí, comunicando al mundo que la atmósfera era respirable y que había plantas para alimentarse, un buen montón de gente salió para allá, dispuestos a enriquecerse. ¡Siempre ocurre lo mismo!

—¿Cuántos colonos hay en Venus?

—No lo sé, amigo. Preguntamos a ese Conway que nos dio una cifra que se acercaba a los ocho mil.

—¿Tantos? ¡Es imposible!

—No lo crea. No hay que olvidar que mucha gente ha salido para allá sin permiso alguno, sin pasar siquiera por el control de Emigración planetaria.

—Es cierto.

Estrechó la mano del otro, diciéndole:

—Muchas gracias por todo.

—De nada.

Su coche le llevó, subiendo por la Tercera Avenida, hacia la dirección que el periodista le había dado. Mientras iba hacia allá, no dejaba de pensar que le parecía imposible que Conway pudiera ofrecer una pista tan fácil si había cometido el horrible chantaje que Callowan le había explicado.

No, era paradójico.

Si el tal Conway formase parte de una banda cuyo objetivo hubiera sido obtener un millón de créditos, en una operación bien combinada, era estúpido seguir en aquella oficina, sabiendo que, más tarde o más temprano, la Spacial International Police terminaría metiendo las narices en aquel asunto.

No lo entendía.

Cuando detuvo el vehículo junto al imponente edificio, miró hacia arriba, hacia las incontables ventanas que cobijaban mil negocios distintos. Y sonrió pensando que muchos de ellos estaban montados en el aire, rozando casi siempre, pero sin excesiva maldad, los estrechos márgenes de la Ley.

Un flamante uniforme, en cuyo interior se encontraba un no

menos flamante individuo, le indicó que las oficinas de Pro Venus se encontraban en la planta decimotercera, letra F.

El ascensor le dejó, instantes después, en el pisó 13. Y orientándose en el dédalo de pasillos, no tardó en detenerse ante la puerta que ostentaba la letra F.

Llamó.

Abrióse la puerta, dejando aparecer en el marco una encantadora criatura que sonreía, quizás interesada en que Parker comprobase el inmaculado blanco de su dentadura impecable.

—¿El señor Conway?

—Pase, por favor.

Cuando estuvo dentro, en el interior de un antedespacho minúsculo, con muebles corrientes y paredes desnudas, la muchacha preguntó:

—¿A quién he de anunciar, por favor?

—Me llamo Fenner.

—Espere un momento, señor Fenner.

Desapareció la joven por una puerta que había al fondo y que, al abrirse, mostró al agente un estrecho pasillo.

Esperó.

Todo lo que le rodeaba daba la razón al periodista. No cabía duda de que allí se respiraba modestia. Ninguna ostentación se veía por parte alguna y de nada parecía haber servido, en cuanto al mejoramiento de la oficina se refería, la colosal aportación del desdichado padre de John.

La reaparición de la sonrisa con faldas cortó el hilo de sus ideas.

—Haga el favor de pasar, señor.

—Gracias.

El pasillo era demasiado estrecho para permitir que ambos pasasen al mismo tiempo y Parker dejó, naturalmente, que la muchacha le precediese. Ésta se hizo a un lado, cuando llegó ante la puerta que se veía al fondo, con el inevitable letrero de «Prívate» sobre el cristal esmerilado.

El despacho era un poquitín más amplio que la salita donde había esperado. Pero la misma sencillez reinaba allí, donde una mesa vieja y unas sillas metálicas, cuya superficie cromada había cedido en muchos sitios, constituían, además de un fichero en el mismo estado, todo el mobiliario.

Pero la atención de Parker se concentró en el hombre que le tendía la mano y que estrechó la suya con vigor.

Era la estampa misma del joven activo, de ese producto de la civilización moderna que parece vivir dentro del marco de los libros destinados a formar a los hombres de negocios, como una casta completamente aparte de las demás.

—Síéntese, señor Fenner.

Parker obedeció.

Y el otro, tras ofrecerle un cigarrillo, invitó:

—Usted dirá a qué debemos el honor de su visita.

Parker sonrió.

—Me enteré, por la Prensa y la Televisión, del gesto de Perelle. Y vengo dispuesto a contribuir en esta obra, naturalmente dentro de mis modestos medios.

El rostro del otro estaba resplandeciente.

—Nada importa la cuantía —dijo— cuando lo interesante es el hecho de no olvidar a los colonos de Venus, a nuestros hermanos de aquel planeta, que viven en condiciones imposibles.

—¿Ha estado usted allí?

—Hace sólo un par de semanas que regresé, en una astronave de una familia que estaba harta de sufrir. Desde que fui allí, como los demás, atraído por una improbable fortuna, me di cuenta de la locura que significaba embarcarse en aquella aventura.

Y como Parker no dijese nada, añadió:

—Ya sé que el Consejo no ha dado aún su permiso oficial para instalarse allí. Y lo comprendo perfectamente, ya que el planeta, al menos la zona donde los colonos se han instalado, está formada por pantanos en los que la vida es imposible.

—¿Y no sería más práctico emplear el dinero adquirido en hacer regresar a esos desdichados?

—Claro que sería lo más lógico, señor Fenner.

—¿Entonces?...

—Usted no puede entender el estado de ánimo de la mayoría de los colonos de Venus. Casi todos ellos salieron de aquí abandonando sus empleos, con ese gesto inevitable de quien cree haber encontrado lo que deseaba. Se enfadaron con sus patronos y se rieron ante ellos, seguros de que nunca más tendrían que verse obligados a pedirles nada. Y esos hombres, amigo mío, preferirían

morir antes de tener que rebajarse ante los que despreciaron no ha mucho tiempo.

—Entiendo.

—Además, hay muchos que están seguros de que Venus se convertirá en algo maravilloso y que los pioneros serán los más beneficiados, ya que han podido acotar propiedades con toda libertad. Esta esperanza, señor Fenner, les hace quedarse allí, aunque en ello les vaya la vida.

—Tiene usted toda la razón.

—Por eso, lo que intentamos es proveerles de cuanto necesiten allí, sobre todo instalaciones sanitarias para defenderlos de la forma grave de la malaria venusina.

—¿Es ésa la única enfermedad allí?

—La más importante.

Parker se daba cuenta de que por aquel camino no iba a lograr nada. O Conway era un perfecto imbécil, alguien que obedecía instrucciones superiores y creía a pies juntillas lo que estaba haciendo, o se trataba del más cínico de los individuos que el agente había encontrado nunca.

Por eso sacó la cartera, poniendo cinco flamantes billetes de mil créditos cada uno sobre la mesa.

—Quisiera dar más, pero...

—Hace más de lo que puede; estoy seguro —sonrió el otro.

Y fue entonces, mientras Conway le tendía un recibo que acababa de confeccionar, cuando Parker decidió «tirarse a fondo».

—¿Conoce usted al doctor Holsen?

Fue como una ducha fría.

Conway luchó desesperadamente por mantener la sonrisa que ornaba sus labios. Pero no lo consiguió y su rostro, además, perdió bastante del color que le animaba entonces, palideciendo intensamente.

—¿Ha dicho usted Holsen?

—Sí.

—No recuerdo a nadie de ese nombre.

Parker se mordió los labios.

Después, dispuesto a no dejarse ganar ni un palmo del peligroso terreno en el que se había adentrado, prosiguió:

—Escuche, señor Conway: trabajo para el señor Perelle y soy,

digámoslo de una vez, su hombre de confianza. Mi patrón recibió su visita.

—Es cierto.

—Luego, su hijo John sufrió una enfermedad horrible, cubriéndosele el cuerpo con una capa de vello rojizo...

—¿Sí? ¡Cuánto lo lamento!

—Déjeme seguir: mi patrón, desesperado, buscó una solución llamando a varios médicos. Fue entonces cuando se presentó el doctor Holsen, diciendo que usted le había enviado...

—¿Eh? ¿Qué intenta usted decir? ¡Yo no envié a ningún doctor!

—Puede ser, pero él dijo que venía de su parte.

Y curó al pequeño.

—¡Menos mal! Me alegro infinito por ese buen señor Perelle, que se ha portado maravillosamente con nosotros.

—Entonces, definitivamente, ¿no conoce al doctor Holsen?

—No. De veras.

—Bien.

Se puso en pie, estrechando la mano que el otro le tendía.

—Perdone la molestia, señor Conway.

—¡No ha sido molestia! Y le ruego comunique a su patrón el gozo que me ha procurado saber que el pequeño John se ha recuperado por completo.

—Gracias.

Apenas había salido Parker que Conway descolgando el teléfono, marcando una cifra con manos nerviosas.

Descolgaron al otro lado.

—¿Pat?

—Sí.

—Hay un tipo, alto, rubio, ojos azules, que sale ahora mismo de aquí. Síguele y entérate de adónde va. Sabe demasiado.

—Bien. ¿Has dicho algo al jefe?

—No. Se lo comunicaré ahora mismo. Llama después.

—Bien.

Capítulo

III



DESPUÉS de alejarse en su coche hacia el sur de la ciudad, Parker se detuvo ante uno de los establecimientos más elegantes de la Quinta Avenida, dispuesto a tomar algo mientras pedía, conferencia con Washington.

El ambiente era tranquilo en aquella hora de la mañana y después de pedir un jugo de frutas, Fenner se sentó, esperando que le llamasen.

Estaba hecho un verdadero lío.

Estaba seguro de que el nombre de Holsen significaba algo muy importante para Conway, pero al mismo tiempo sabía que nada podía demostrarse contra aquel tipo, que estaba resultando mucho más inteligente y precavido de lo que aparentaba ser.

—Su conferencia, señor.

—Gracias.

Abandonó el mostrador, yendo hacia la cabina.

Y acababa de ponerse el auricular sobre el oído cuando la voz potente del «viejo» llegó hasta él.

—¿Parker?

—El mismo, señor.

—¿Qué hay?

—He estado con Conway, señor: un tipo desconcertante pero que sabe que no se puede hacer nada contra él.

—¿Qué quieres decir?

—Que no niega que haya visitado a Perelle, pero sí que conozca a ese doctor. Lo que quiere decir que nadie puede demostrar que ha sido él, si es que lo ha sido, quien provocó la enfermedad del niño.

—¡Claro que lo ha sido, tarugo!

—Pero no podemos demostrarlo, señor. Si él niega, ¿cómo vamos a hacerlo?

—¡Encontrando a Holsen!

—Eso es lo que voy a intentar.

—No va a ser nada fácil. Nuestros servicios han repasado los anuarios de las Universidades, no descubriendo más que a un Holsen, dentista... que acaba de cumplir ochenta años.

—¿Entonces?

—Tendrás que vigilar a ese Conway. Si es necesario, enviaremos un equipo para que intervenga su línea telefónica. Pero tenemos que encontrar al médico, aunque haya que buscarlo bajo tierra.

—¿Hay noticias del niño?

—Ninguna. También he preguntado en el servicio de biología para que me informasen de alguna enfermedad en la que el vello rojizo apareciese, cubriendo el cuerpo.

—¿Y qué han dicho?

—Que no hay ninguna. Lo que me hace pensar que todo esto fue un truco bien pensado para sacarle el dinero a Perelle.

—¿Y la desaparición de John? ¿Qué papel, juega en todo eso?

—¡No_ lo sé! —bramó el jefe de la SIP—. ¿Crees que si pudiera contestar a esa pregunta estaríamos yendo aún a tientas?

—Es cierto.

—Tú, por el momento, ocúpate de Conway: sólo él puede guiarte hacia ese misterioso y escurridizo doctor.

—Así lo haré.

—Date cuenta de que, por ahora, lo único que sabemos es que, según Perelle, el niño enfermó al negarse el padre a entregar aquella suma. Y que el niño «curó» en cuando su papá «aflojó la pasta». Ahora tenemos que Conway puede negar fácilmente su intervención en todo esto, quedando fuera de cualquier sospecha en tanto no aparezca el médico que atendió al niño por orden suya.

»La aparición de Holsen nos lo aclarará todo, ya que no podrá negar lo que dijo al padre de John. Y, al mismo tiempo, nos explicará, por la fuerza, qué es esa enfermedad, cómo se produjo o si, como pienso, se trata sólo de un truco muy original. También sabremos lo que inyectó al pequeño y podremos así conocer las causas de la desaparición de John. ¿Entendido?

—Sí.

—Ése es el estado de nuestros conocimientos hasta la fecha. En cuanto al empleo de los fondos recogidos por esa sociedad Pro Venus, será la segunda fase de la investigación.

—Entendido.

—Lláname en cuanto sepas algo y abre bien los ojos: no me gusta nada todo esto.

—Sí.

Salió de la cabina, abrumado por todo lo que acababa de escuchar. En verdad, el problema seguía en pie con todos sus enigmas. Parker se inclinaba a estar de acuerdo con Callowan ya que, de haberse tratado de una enfermedad grave, John no se hubiera recuperado en una sola noche.

¡Seguro que se trataba de un truco para asustar al padre!

Pero... ¿por qué había desaparecido el pequeño?

Se dirigió al mostrador, volviendo a encaramarse en el taburete que había ocupado momentos antes.

—¡Un «whisky»!

Lo necesitaba, mientras su cerebro no dejaba de funcionar.

Dejó el camarero el vaso ante él. Y separándose un poco, se apoyó en el mostrador, dirigiéndose a un cliente que bebía, plácidamente, en una de las mesas:

—¡Eh, señor Wilter!

El otro levantó la cabeza.

—¿Qué hay, Leo?

—El doctor Holsen le ha llamado, señor.

—¿Qué ha dicho?

—Que le esperaba, en su clínica, dentro de media hora.

—Bien. Gracias.

Envarado, con todos los músculos en tensión, pero sin volverse, Parker no osaba hacer ningún movimiento, no dando crédito a lo que acababa de oír.

¡Era imposible!

Verdad es que, a veces, muy pocas, la casualidad juega un papel importantísimo en el curso de una investigación; pero aquello era demasiado.

Esperó, sorbiendo un poco de «whisky», antes de colocarse mejor, maniobra que le permitió volverse un poco, de forma a ver al hombre que había sido convocado por el doctor Holsen.

Era un hombre alto, fuerte, con una nariz aplastada, como si hubiera sido boxeador. Ahora leía, tranquilamente, un periódico de la mañana, bebiendo, de vez en cuando, en su vaso de cerveza.

¿No se trataría de aquel viejo dentista del que le acababa de hablar Callowan?

Nada costaba seguir a aquel individuo. Y si se equivocaba, no habría perdido el tiempo y la ocasión que se le presentaba de manera tan casual.

Porque era completamente imposible que aquel hombre supiese que él estaba, precisamente, buscando al doctor Holsen.

Esperó, saltando del taburete cuando el otro pagó y se dirigía hacia la salida.

El hombre no miró ni una sola vez hacia atrás, yendo hacia el coche, que tenía aparcado no lejos del del agente.

Parker empezó a seguirte.

Conducía el otro con tranquilidad, sin apresuramiento. Respetando cuidadosamente las señales del tráfico, lo que hizo sumamente fácil la persecución.

Dirigiéndose al norte de la ciudad, el vehículo que le precedía penetró en Bronx, tomando una de las nuevas avenidas, en las que los edificios, muchos de ellos deshabitados aún, levantaban su verticalidad imponente.

Fue junto a uno de ellos, recientemente inaugurado, al final de la avenida, que aparcó el vehículo del hombre de la nariz aplastada. Éste, saliendo del coche, penetró en la casa.

Parker dejó el suyo a un centenar de yardas, avanzando por la acera hasta que llegó a la casa.

Entonces, al ver la placa sobre el muro, sonrió, comprendiendo que se había equivocado, que aquél no podía ser el médico que él buscaba.

DOCTOR G. HOLSEN
ENDOCRINOLOGÍA
Visitas de 11 a 2

No, no era el dentista, pero tampoco podía ser el «otro», ya que aquella placa significaba una existencia normal, sin ningún deseo de esconderse.

¿O era una trampa?

Consideró fríamente tal posibilidad, llegando a la conclusión de que si era así, no tenía más que quedarse allí, esperando, sin entrar en la casa, lo que le haría escapar de un posible cepo.

Aunque...

Decididamente, era estúpido creer que aquello fuese una estratagema, puesto que podía irse en su coche, y poner aquella dirección en conocimiento de la SIP.

Un vehículo se acercó entonces.

Tan grande era la tensión de Parker, que su mano fue en busca de la culata de la «Lüger» especial. Pero su gesto se detuvo al ver la pareja de jóvenes que descendía del coche.

Ella era rubia y bastante linda, él fuerte, aunque rechoncho y de corta estatura.

Se le acercaron, sonrientes y amables, después de despedir al taxi, que se alejó rápidamente.

El hombre preguntó:

—¿Sabe si el doctor ha llegado, señor? —inquirió, bonachón.

—¿El... doctor?

—Sí. Teníamos que haber venido ayer, pero nos fue imposible. Ya sabe usted; somos recién casados, de visita a Nueva York y...

—¡Por Dios, Ted! —suplicó ella, enrojeciendo.

Parker sonrió.

—No, no sé si ha venido. En realidad, yo también venía a consultarle; pero no le conozco personalmente. ¿Ustedes sí?

—¡Naturalmente!

—Es viejo, ¿verdad?

—¡Qué va! Es joven, muy joven, pero muy inteligente. ¡Lástima que no haya tenido el suficiente dinero para instalarse en pleno Brooklyn! ¡Se hubiera hecho famoso allí!

La muchacha tiró de la manga a su esposo.

—¿Vamos, Ted?

—Sí, querida. ¿Usted se queda o quiere que le presentemos al doctor?

Fenner dudó unos instantes.

Pero, decidiéndose de golpe, dijo:

—Sí, vamos. Usted primero, señora...

—Gracias.

No fue necesario que tomaran el ascensor, ya que el médico tenía la consulta en la planta baja. Parker pudo ver, al entrar en el portal, que el resto del edificio debía estar casi totalmente inhabitado, ya que incluso el ascensor no estaba aún instalado.

La joven llamó a la puerta, apareciendo una joven con uniforme de enfermera, que sonrió a los recién casados.

—¡Pasen, señores Shulvers! ¿Y usted? —agregó, dirigiéndose a Parker.

—Soy nuevo... me llamo Fenner.

—Pase, por favor.

La sala de espera no contaba más que con unas sillas y las paredes estaban desnudas. Sólo un calendario al que no se había arrancado ni una hoja desde hacía dos meses, colgaba de una de ellas.

—Siéntese —dijo la enfermera.

Parker obedeció, seguro ya de que se había equivocado. Aquel Holsen debía ser un médico muy joven, recientemente instalado, y que no constaba aún en el Anuario de los profesionales del país, cosa que explicaba que la SIP no lo hubiera encontrado.

Pasaron los recién casados y, poco después, la enfermera.

—Le toca a usted, señor Fenner.

—¿A mí? ¿Y los demás? ¿Es que no salen?

Ella sonrió.

—Están en la sala de metabolismo.

—Bien.

La puerta se abrió, mostrando una sala cuyas dos paredes laterales estaban cubiertas por cortinas.

El médico, joven, con lentes gruesos, montados al aire, le sonrió.

—¿El señor Fenner?

—Sí.

—Siéntese, por favor...

Parker dio un paso, decidido a despedirse rápidamente de aquel hombre, decepcionado por su segundo fracaso en el día.

Pero, en aquel momento, algo estalló sobre su cabeza, lanzándole a una inconsciencia profunda que no parecía acabar jamás.

* * *

Miriam sonrió a su cliente que, sentado ante ella, sonreía también.

—Lo que usted tiene no es nada, señor Fisbuler. Tome estas pastillas, tres veces al día y verá cómo desaparece esa somnolencia.

—¿De veras?

—De veras: se encontrará como nuevo.

El hombre se levantó:

—¡Muchas gracias, doctora Shaw! ¡No se equivocaron cuando me la recomendaron! Aunque, a decir verdad, me hacía no sé qué tener que visitarme con una, con una...

—¿Con una mujer, señor Fisbuler?

—Eso es.

—No tiene ninguna importancia, amigo mío: nosotros, los médicos, no tenemos, por decirlo así, sexo.

—¡Es verdad!

Fue entonces cuando el teléfono sonó, insistente.

Miriam le descolgó.

—¿Diga?

—¿Doctora Shaw?

—Sí.

—¡Se lo ruego! ¡Haga el favor de venir enseguida! ¡La llamo desde la casa del señor Clinton Yuen!

—¿Ha ocurrido algo?

—¡Es horrible! ¡Venga, por favor! ¡Míster Yuen está desesperado!

—Estaré ahí inmediatamente.

—¡Gracias, doctora!

Miriam colgó y, sonriendo a su cliente, dijo:

—Ya ve que no puedo concederle un segundo más, amigo mío.

—¡Haga, haga! Yo ya me voy...

Miriam cogió su coche, salvando en pocos minutos las tres millas que le separaban de la lujosa mansión de los Yuen, sus mejores

clientes. Dejando el vehículo junto a la escalinata, subió, apresuradamente, tropezando con la profesora de francés que al oír el coche, salía a su encuentro.

—¡Por aquí, doctora!

Clinton Yuen estaba en el salón, con un cigarrillo que no había encendido entre sus temblorosos dedos.

Al ver a la joven; avanzó hacia ella.

—¡Espantoso, doctora! ¡Venga y verá! ¡Yo no puedo soportarlo!

Se quedó en el dintel de la puerta, dejando que la profesora entrase con el médico.

Miriam conocía ya aquella linda habitación donde dormía Emily, la hija adoptiva de Yuen que, soltero inveterado, había terminado por querer formar una familia, sin decidirse, no obstante, a tener una esposa.

La joven doctora se estremeció.

Conocía a Emily que estaba, a sus quince años, convirtiéndose rápidamente en una deliciosa mujercita. Pero «aquello» que yacía en el lecho, cubierto de vello rojizo, no tenía nada, no podía tener nada que ver con la encantadora chiquilla que Miriam conocía.

Acercóse, no sin cierta repugnancia; pero, venciénola. Sacó el instrumental del maletín, empezando a reconocer a la paciente.

Luego abandonó la estancia, yendo al salón donde el padre adoptivo esperaba, con el cigarrillo entre los dedos.

—¿Qué hay? —inquirió, con la ansiedad pintada en el rostro.

Pero Miriam, inquirió a su vez:

—¿Cuándo empezó esto?

—Esta mañana. Cuando «madeimoselle» Ivonne fue a despertarla, se encontró con... ¡Oh por Dios, doctora, haga lo que sea!

—Tenga un poco de paciencia, señor Yuen. Haremos lo imposible.

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Ha comido algo extraordinario la niña?

—No lo sé.

Se adelantó Ivonne:

—¿Quiere, usted decir que la comida podía haberte producido...?

Miriam se volvió hacia la francesa:

—¿Es que ha comido algo raro?

—No, lo de costumbre. Ayer, por la tarde, después de merendar, salimos como siempre a dar un paseo... ¡Ahora recuerdo! Comimos un helado cada una, junto al parque...

—¿Dónde lo compraron?

—En la esquina del parque, en esta misma calle. Había un cochecito que conducía un viejo...

—¿Comieron helados de ese viejecito alguna otra vez?

—No. La verdad es que aquélla fue la primera vez que le encontramos. Y eso que salimos cada tarde, desde que empezó la primavera.

Intervino el hombre:

—¿Cree usted, doctora, que ese helado ha podido causarle esa horrible enfermedad?

—No lo sé, aunque, a veces, estas reacciones de la piel tienen su origen en algún tóxico ingerido. De todos modos, He de consultar el caso con mi profesor, el doctor Bruner.

—¡Haga lo que sea, pero cure a mi hijita!

—Llamaré esta noche. El profesor Bruner está en Los Ángeles y...

—¿Quiere que le envíe uno de mis helibuses, doctora?

—No creo que haga falta. Tomará el cohete intercontinental y estará mismo aquí.

Se despidió, yendo lamente a su casa, desde donde llamó al profesor, que prometió ponerse inmediatamente en camino.

Pero cuando colgó el aparato, éste se puso a soñar con fuerza.

Descolgando de nuevo, inquirió:

—¿Diga?

—¡Aquí Ivonne, desde la casa del señor Yuen!

—¿Qué ocurre ahora?

—¡Emily ha desaparecido! ¡Se ha escapado por la ventana! ¡Dios mío!

—Pero...

—El señor está desesperado y ha ido en busca de la policía.

—¿No han visto a la niña por parte alguna?

—Los criados recorren el jardín y algunos han salido, con coches, para ver si la encuentran por las calles de los alrededores.

¿No es espantoso, doctora?

—Sí, de veras que es lamentable. Voy a coger el coche, e iré a ayudarles.

—¡Muchas gracias, doctora!

Miriam colgó.

Su entrecejo estaba fruncido hondamente, como si se plasmase allí el esfuerzo mental que estaba realizando.

Capítulo IV



ARKER abrió los ojos, notando, sobre un fondo gris y movedizo, una serie de imágenes, terriblemente desenfocadas, que ora se proyectaban sobre él, monstruosamente gigantescas, ora se alejaban hasta confundirse con el grisáceo parpadear del segundo plano.

Poco a poco y a costa de esfuerzos sucesivos, logró que las imágenes, ocupasen su sitio concreto, midiendo entonces ver los rostros de tres hombres que, a media docena de metros, hablaban animadamente.

Al mismo tiempo, el zumbido exterior que llegaba hasta él se convirtió en voces inteligibles.

—Jimmy me ordenó seguirle —decía el tipo del bar—. Y cuando me acerqué al camarero, con un billete de cien créditos, le dije: «Oiga, ese tipo que está llamando a Florida es amigo mío y quería gastarle una broma, ya que hace mucho tiempo que no nos vemos...»

—¿Y qué te dijo el de la barra?

—Se echó a reír, pero me aclaró que el tipo éste no estaba llamando a Florida, sino que había pedido una conferencia con Washington.

—Bien.

—Fue entonces cuando le dije que la broma consistiría en que él, cuando el otro saliese de la cabina, se dirigiese a mí, diciéndome que el doctor Holsen me había llamado, citándome para dentro de media hora. El billete de cien hizo lo demás. Y cuando ése salió, el camarero hizo lo que le dije. Así, nada más montar en el coche, vi que me seguía.

Holsen asintió con la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó al «recién casado».

—¿Yo? Ya sabía lo que tenía que hacer y no te equivocaste al pensar que ese tipo se olía algo. No parecía dispuesto a entrar, te lo aseguro. Pero cuando le pregunté, inocentemente, si habías llegado y Anna y yo urdimos estupendamente la escena de la parejita, cayó como un idiota.

—¿Cómo sabría lo de mi nombre? —inquirió el médico.

—¿No dijo Conway que es un tipo que trabaja para Perelle?

—No sé. Lo de la llamada a Washington no encaja en todo esto.

Hubo un silencio.

Luego, el de la nariz aplastada preguntó:

—¿Qué crees entonces que es?

—SIP.

—¿Eh?

—Lo que oís.

—Pero ¿cómo pueden sospechar?

—Esos tipos son verdaderamente unos demonios.

—Aunque lo fuesen-insistió Pat —no podrían Saber nada. Perelle pagó y su hijo volvió a ponerse bueno. ¿Cómo supones que iba a ir con el cuento a la Spacial International Police?

—No lo sé, pero sospecho que este tipo es un agente.

—¿Le despierto? —intervino Ted.

—No hace falta-repuso Pat. —Mira, tiene los ojos abiertos.

Se acercaron, rodeándole.

—Estábamos hablando de ti —dijo el médico.

Fenner asintió:

—Ya os he oído.

—Mejor. Así sabrás qué es lo que nos interesa: queremos saber quién eres.

—Ya se lo dije a aquel tipo del despacho: el-secretario de

Perelle, su hombre de confianza.

—¡Mentira! —rugió el de la nariz achatada, con un tono amenazador en la voz—. ¿Para qué llamaste a Washington hace un rato?

—Quería hablar con mi prometida —y mirando a Pat, con una sonrisa dijo—: Tú lo comprenderás mejor, ¿verdad, pipiolo?

—¡Se está riendo de nosotros! —rugió el Interpelado.

—Dejadlo-dijo el doctor. —Tú, Pat, sal y telefonea a la «Perelle» preguntando por el secretario particular del jefe. Que te digan su nombre y dónde está. Di que es muy urgente. Nosotros vamos a registrar este pollo, aunque no hemos encontrado más que la pistola.

Parker se dio cuenta de que no iba a ganar más que unos minutos.

—No te molestes, «chato» —dijo, sonriendo a Pat—: no soy el secretario de nadie.

—¿Entonces? —amenazó el médico.

—Soy un tipo curioso. Nada más.

Holsen lanzó su pie derecho hacia la cara del agente. Éste trató de esquivar el golpe girando velozmente en el suelo, pero no pudo evitar que le alcanzara en la oreja derecha.

El dolor fue fulgurante y algo resonó en el interior de su cerebro, como si un berbiquí le hubiera penetrado por el oído.

—¡Atadlo!

Los otros dos obedecieron y colocaron a Parker sobre una silla, a la que le maniataron sólidamente desde el tórax hasta los pies, sirviéndose de una fina cuerda encerada, que se clavó en la carne del agente como un cuchillo.

Holsen se acercó a él.

—No tienes posibilidades de prolongar mucho tu vida. Pero, con un poco de buena voluntad, podemos limitarnos a pegarte un tiro, sin hacerte padecer. Tú tienes la palabra, amigo. Si contestas, terminamos enseguida, si no...

Hizo una pausa.

Luego, mordiéndose los labios, preguntó:

—¿Quién eres?

—¡Adivínalo!

—¡Duro con él, Pat!

El ex boxeador se acercó, sonriente, con un brillo duro en las pupilas.

—Quieres hacerte el gracioso, ¿eh, monada? Antes me has llamado chato. Y quiero que seamos de la misma casta...

¡¡¡Paff!!!

Fue como si le hubiesen deshecho el rostro de una coz. Teniendo la cabeza fija, por la forzada posición del cuello, no pudo hacer nada por evitar el formidable derechazo que el otro le dirigió en plena nariz.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Y no fueron todas productos del conocido reflejo.

La sangre brotó, a borbotones, cayendo, como riachuelos, sobre su ropa, para terminar formando un charco en el suelo.

—¡Sangra como un cerdo! —opinó Ted, torciendo el gesto.

El médico estaba otra vez delante de él y volvió a preguntarle:

—¿Quién eres?

Sin dudarle, Parker aprovechó el que tenía la sangre sobre los labios, para lanzar un escupitajo en pleno rostro de Holsen, que retrocedió, rugiendo.

—¡Sacúdele, Pat!

—Con mucho gusto...

Ahora fue en la boca del estómago: un golpe que le paralizó la respiración e hizo que su corazón se detuviese unos instantes, como si no deseara seguir latiendo.

Durante un largo minuto, la contracción espasmódica de los respiratorios le impidió poder tomar aire, aunque tenía la boca ansiosamente abierta. Luego, cuando lo consiguió, el dolor se difundió por todo el pecho, como si una navaja le lacerase los pulmones.

—¿Quién eres?

—¡Cobarde! —Llegó a decir.

—¡Sigue, Pat!

Una especie de niebla le rodeó, al tiempo que el dolor llegó a convertirse en una sensación almohadillada, lejana, deliciosamente muelle...

Oyó las voces de los otros, única cosa que le causaba dolor, como si le gritasen en los oídos.

—¿Lo liquidamos?

—No sé.

—¡Es cosa de un momento!

Y la vez, un tanto aflautada de Ted, dijo:

—¿Por qué no haces con él...?

No podía oír más.

Un zumbido intenso se mezcló con las risas de los tres, que debían divertirse a su costa.

Antes de perder nuevamente el conocimiento, Parker se dijo, fríamente, que había recibido su merecido, ya que ningún agente de la SIP debe fiarse de las apariencias.

Como decía y repetía el «viejo» Callowan.

* * *

—No hay duda de que se lo han «cargado».

Ken no dijo nada.

Lo había convocado su Jefe y ahora estaba sentado ante Callowan, oyendo lo que el «viejo» decía acerca de Parker Fenner.

¡Parker!

¿Cuántas veces había trabajado junto a aquel muchacho rubio, fuerte como el hierro y capaz de resistir cualquier cosa?

Fueron aquellos recuerdos los que le empujaron a decir, mirando a Donald fijamente:

—Si lo han cogido y han intentado hacerle hablar, no habrá dicho ni una sola palabra.

—Me lo imagino.

—¡Es un tipo muy duro, señor!

—Es posible, pero no es eso lo que cuenta ahora. Lo verdaderamente importante es que Parker debía haber descubierto algo y que cayó, como un idiota, en alguna trampa que le tendieron.

—¿Y ese Conway?

Callowan se encogió de hombros.

—Ya hemos hecho todo lo que hemos podido. Pero ese tipo, como me dijo Parker por teléfono, está a cubierto de todo. Estuvo en Venus, de donde regresó, oficialmente, hace poco.

—¿Y el dinero de Perelle?

—Se trata de una entrega voluntaria y no podemos pedirle cuenta, por el momento, ya que no se ha iniciado nada todavía en Venus.

—¡Menudo granuja!

—Desde luego.

—¿Por qué no me deja que lo trabaje un poco?

—¿Estás loco? Pro Venus se está convirtiendo en algo importante. Todas las viejas románticas de Nueva York se han afiliado a esa sociedad, que ha tenido que alquilar nuevos locales. ¡Esas brujas se han puesto a venerar a Conway como si fuese un santo!

Después de una pausa, concluyó:

—Cuando digo que está a cubierto es que lo está.

—Entendido: pero no podemos dejar a Parker en el atolladero.

—Desde luego, aunque me gustaría saber cómo podemos echarle una mano.

Un nuevo silencio.

Luego continuó:

—Tú vas a largarte para Nueva York y vas a rondar a ese pájaro y a sus amigos, hasta que veas algo claro. ¡Pero no te lances, a lo loco, sin prevenirme antes! Ya tenemos bastante con Fenner.

Sonó el interfono en aquel instante.

—¿Diga? —inquirió Donald.

—El señor Yuen, de Nueva York, señor. Desea ser recibido lo antes posible.

—¿Yuen, el de los refrigeradores «Yuen»?

—El mismo, señor.

—Hágalo pasar —y dirigiéndose a Ken—. Quédate.

Poco después, Clinton entraba, con el rostro sombrío, estrechando la mano de los dos hombres antes de dejarse caer en el amplio sillón que el jefe de la SIP le señaló.

—¡Mi hija ha desaparecido, señor Callowan!

—¿Cuándo?

—Ayer... ¡y justamente cuando había contraído una enfermedad espantosa!

Donald le miró con insistencia, profundamente preocupado.

—¿Se le cubrió el cuerpo de vello rojizo? —inquirió.

Yuen dio un salto y se quedó mirando al jefe de la SIP como si no diese crédito a lo que acababa de oír.

—¿Cómo... lo... sabe? —balbució, palideciendo de golpe.

—Me lo imaginaba. Pero, si es así, también creo poder decirle

que recibió la visita de un representante de una extraña sociedad que fue a pedirle dinero para ayudar a los colonos de Venus. ¿No es así?

—Sí..., pero ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

Callowan no contestó, prefiriendo inquirir, a su vez:

—¿Cuánto le pidió ese hombre?

—Un millón de créditos. ¡Estaba loco!

—¿Se llamaba Conway?

—Sí. Dijo haber recibido sumas importantes y estar ayudado por una sociedad de Damas de Nueva York; pero ¿qué relación puede tener esto con la desaparición de Emily?

—No se preocupe, señor Yuen: regrese a su domicilio y déjenos proseguir la investigación.

—¿Aparecerá mi hija?

—Haremos lo imposible por encontrarla.

La voz del hombre bajó de tono.

—Verá usted: no es mi hija, ya que la adopté cuando era muy pequeña, pero es como si lo fuera... Incluso pensaba dejárselo todo.

—Lo comprendo.

—¡Pobre criatura! ¡Si la hubiese visto!...

—Me lo imagino.

Clinton se puso en píe, saliendo poco después del despacho.

Cuando los dos hombres se quedaron solos, Callowan murmuró, pensativo:

—Creo que tendremos que cambiar de plan, muchacho.

—¿Sí?

—Sí. Ya ves que ese Conway es inatacable. Y si han cazado a Parker, estarán, naturalmente, sobre aviso, lo que te haría perder un tiempo precioso si nos dedicásemos a vigilarle.

—¿Entonces?...

—Lo mejor es que te desconectes de nosotros e intentes meterte en esa organización, pero no en la parte visible, queda entendido, sino en la otra, en la que trabajan los hombres que han cazado a Parker y que deben estar a las órdenes de ese misterioso doctor Holsen.

—¿Cree usted que es el jefe de todo?

—Lo ignoro, pero creo que no. La cabeza debe estar muy lejos, ya que el asunto ha sido montado, sin duda alguna, en Venus.

—¿Y no podíamos ir allí?

—Por ahora no. Tengo ciertas ideas, muy vagas, es verdad, pero prefiero empezar por Nueva York, hasta que sepamos algo concreto. En Venus, por el momento, estoy casi seguro de que no haríamos nada, puesto que el centro de la organización y su cabeza deben estar aquí, en la Tierra.

—Como quiera.

—Obra como te parezca, pero, por lo que más quieras, haz lo imposible por meterte dentro. Utiliza los métodos que te parezcan más adecuados para conseguir lo que nos proponemos.

—Así lo haré.

Se había puesto en pie y preguntó:

—¿Cómo puedo comunicarme con usted?

Callowan reflexionó unos instantes; luego dijo:

—Irás una vez por semana a los muelles, a la sección de buques europeos. Allí, alguien se te acercará, un cargador, y entrará en relación contigo. ¿Entendido?

—Bien.

Estrechó la mano del jefe y abandonó el despacho.

Donald, ya solo, se quedó mirando a la puerta, preguntándose si Ken Allward, que ahora se dirigía a la sección de «camuflaje», donde se le proporcionaría una personalidad distinta, tendría más suerte que su compañero, el desaparecido Parker.

Capítulo

V



El hombre penetró en el bar, no lejos de la entrada que daba a las nuevas y complicadas oficinas que Pro Venus poseía ahora en plena Quinta Avenida.

Grandes letreros indicaban que podían ser entregadas allí todas las sumas, pequeñas o grandes, destinadas a la ayuda generosa a los colonos que en el lejano planeta luchaban por hacerlo viable a los que fueran después. Esquemas y gráficos demostraban el ímpetu que aquella sociedad estaba tomando, subiendo en flecha los ingresos que los buenos ciudadanos de Nueva York habían puesto a disposición de los organizadores.

El hombre sonrió, mientras se encaramaba en lo alto del taburete, en la «barra» del establecimiento.

Ahora se llamaba Ken Tuller y llevaba, en su bolsillo, además de una pistola, un par de cientos de créditos y un cuchillo, un documento en el que se decía que había abandonado la penitenciaría una semana antes, después de cumplir una condena de cinco años, por asalto a mano armada.

Llevaba un traje gris, bastante arrugado, una camisa azul y una corbata clara, con lunares igualmente azules. Una fina capa de barba demostraba que no se había afeitado aquel día.

Hizo una seña al «barman», que se acercó, solícito, ya que el bar estaba semivacío en aquel momento.

—Un «whisky».

—Sí.

Y cuando dejó el vaso ante Ken, éste dijo:

—Soy nuevo. Acabo de llegar...; ¿qué diablos es eso? Antes, si mal no recuerdo, no estaba aquí.

—Tiene usted razón. Antes había unos almacenes de telas. Pero ahora han comprado el local esos de Pro Venus.

—Pro ¿qué?

—Pro Venus. Una sociedad que recoge dinero para los colonos de Venus.

—¡Pues ya han debido recoger Un buen montón para poderse pagar un local como ése, en plena Quinta Avenida!

—¡No me diga! ¡Se están hinchando! —El hombre bajó la voz—. Y si me quiere creer, todo eso me huele a «cuento».

—¿De veras?

—¡Naturalmente! ¿Cómo quiere que nos «traguemos» un truco como ése? Lo que ocurre es que algún pájaro ha tenido esa maravillosa idea y ahora, al explotarla, se está llenando los bolsillos a costa de los idiotas que le creen.

—Pero he visto salir muchas señoras.

—¡Bah! Las de siempre. Dan unos cuantos créditos para poder justificar, ante sus amigas, que hacen obras de beneficencia. ¡Viejas brujas!

—¿Y no cierran nunca?

—Sí, dentro de media hora. Esas mujeres que se han ido señalan la hora. Ahora no queda dentro más que el señor Conway.

—¿Es el jefe?

—Debe serlo. Algunas veces ha venido aquí con esas harpías, a beber un vaso de té. ¡Pero yo juraría que se le iban los ojos detrás de las botellas de «whisky»! ¡Menudo hipócrita!

Ken sonrió.

La noche se había echado encima y poco después, cuando bebía su tercer vaso, vio que la iluminación de la fachada se apagaba, no quedando más que la de las letras azules del letrero Pro Venus, sobre lo alto del tercer piso.

Pagó y abandonó el local.

Aquellos días había estado madurando un plan para poder entrar en contacto con los tipos que regían aquello. Y después de rechazar un buen montón de ideas, llegó a la conclusión de que no había más que una manera, la más peligrosa, de lograr lo que deseaba.

Una ligera llovizna empezó a caer.

Subiéndose el cuello de la chaqueta y con las manos en los bolsillos, Ken avanzó, decidido, hacia la entrada del edificio, pasando ante ella y echando una ojeada al interior.

Era como una sala de un banco, con ventanillas al fondo, las paredes cuajadas de propaganda y una serie de mesas altas donde debían llenarse los boletos de suscripción.

¡Muy bien organizado!

También vio que no había más que un par de fluorescentes que iluminaban parcamente la sala. Y una luz en una de las ventanillas.

La única que estaba abierta.

La lluvia caía ahora con mayor intensidad, haciendo que los transeúntes se hiciesen escasos y que, los pocos que pasaban entonces fueran casi corriendo en busca de los taxis, que se alejaban rápidamente hacia las otras avenidas, una vez ocupados.

«Un momento único», se dijo.

Girot sobre sus talones, volviendo hacia la puerta por la que penetró tranquilamente, atravesando el salón vacío y deteniéndose, por último, ante la ventanilla.

Echó una ojeada.

Una sonrisa entreabrió sus labios al ver que un hombre contaba montoncitos de billetes, abstraído en su agradable trabajo, sentado en la mesa que había al otro lado de la ventanilla.

Haciéndose a un lado y moviéndose junto a la pared de leve madera que dividía el salón, Ken no tardó en encontrar la puerta, que abrió silenciosamente, penetrando en lo que debían ser los despachos.

Máquinas calculadoras y de escribir estaban diseminadas por doquier.

¡Habían prosperado aquellos granujas!

Moviéndose quedamente, avanzó por entre las mesas, en la semioscuridad que le rodeaba, hacia la isla luminosa que formaba la mesa en la que el otro seguía contando.

Vio que era un tipo fuerte, con la nariz aplastada, lo que

demostraba que había pasado parte de su vida en el «ring».

La mano del agente buscó la culata de la pistola, que sacó cuando ya estaba junto a la mesa.

—¡Arriba las patas, amiguito!

El otro se sobresaltó, cómicamente, dando casi un salto. Por un momento, Ken creyó que la mano derecha, del boxeador iba, fatalmente, en busca de la funda sobaquera, lo que le hubiera obligado a disparar, cosa que no deseaba hacer en modo alguno.

Por eso con voz cortante, amenazó:

—¡Cuidado, idiota!

El otro se dio cuenta de que el «visitante» estaba decidido a llenarle el cuerpo de plomo. Y levantó las manos, poco a poco, con los dedos medio flexionados y la mirada llena de odio, como si deseara echarlos sobre el cuello, del intruso.

—¿Qué quieres? —inquirió, entre dientes.

Ken dejó escapar una risita breve, afilada como un puñal.

Después masculló:

—¿Tan poca imaginación tienes, estúpido?

Y señaló, con el cañón de la pistola, los montones de dinero que había sobre la mesa.

—Haces mal —dijo el otro—. Este dinero es para los pobres colonos de Venus y...

—¡Basta de cuentos de vieja! ¿O crees que me he pasado cinco años a la sombra para oír historias de hadas?

—Te crees muy listo, ¿eh?

—No. No lo soy. Porque si lo hubiese sido, no hubiera aceptado la invitación del gobierno para uno de sus flamantes «hoteles». Pero ahora necesito dinero... y aquí hay bastante.

—Te hará daño si lo coges.

Ken preguntó, burlón:

—¿Tú crees? ¡Ve hacia atrás y vuélvete de espaldas!

El otro se mordió los labios.

—¡No hagas eso! Puedo procurarte trabajo, si quieres.

< dónde líjate ¡Y cinco hace dijeron me mismo años. ¡Bah! Eso.

—Aquí es distinto; no hay riesgo alguno...

—No te creo.

El otro se encogió de hombros.

Ken sabía perfectamente que no podía hacer caso a aquel

granuja, si lo que deseaba era estar a la altura de la personalidad del bandido que le había dado el Departamento de la SIP.

Aceptar las proposiciones de «Nariz Aplastada» sería fatal, ya que la banda, y ahora estaba más convencido que nunca de que había una; no hacía falta más que mirar al tipo que contaba los billetes, lo despreciaría olímpicamente.

Había que obrar de otro modo; como lo hubiera hecho el pillo que encarnaba.

—¡Vuélvet! ¡Me estás haciendo perder un tiempo precioso!

—Pero...

—¡Obedece!

Lo hizo el otro y Ken le quitó la pistola, sin dejar de apoyar la suya sobre los riñones del ex púgil.

—¡Pagarás caro esto! —amenazó éste.

—No te preocupes por mí, amigo: no acabo de nacer. Lo que lamento es que vas a tener que gastarte el sueldo en aspirinas...

—¡No hagas e...!

Era demasiado tarde.

Un golpe, en la cabeza, y tuvo que sostener en sus brazos el cuerpo que se desplomaba ya, completamente inconsciente.

Dejándolo en el suelo, no con mucha suavidad, Ken se apoderó de todo el dinero que había sobre la mesa, en paquetitos ya atados, lo que le facilitó el ir poniéndoselos en los bolsillos.

Luego abandonó el local, comprobando al salir a la calle, que la lluvia, ahora más fuerte, había vaciado las calles.

Tuvo que recorrer tres manzanas para coger un taxi.

* * *

Pat se pasaba la mano por la cabeza, acariciándose con todo cuidado el chichón que tenía bajo el pelo.

Ted estaba de pie, junto a la mesa. Y detrás, sentado, Jimmy Conway, con una expresión de pocos amigos en el rostro.

—¡Imbécil! —exclamó, mirando con desprecio al ex boxeador.

—¡Déjale ya! —intervino Ted—. Igual nos hubiera ocurrido a nosotros, de encontrarnos en su lugar.

Después de una pausa, que aprovechó para encender un cigarrillo, dijo:

—Nos hemos confiado demasiado, eso es todo. Desde que

estamos rodeados de mujeres y de gente honrada estamos perdiendo facultades. Y ese pillo acaba de darnos un aldabonazo de advertencia.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Hasta hemos tenido suerte de que ese tipo haya venido a robarnos.

—¡Que me aspen si te entiendo! —Gruñó Conway con energía.

—¡Pues está más claro que el agua! Nos estamos volviendo blandos, amigo. En vez de ese tipo aislado, hambriento seguramente, recién salido de «chirona», podíamos esperar que una banda organizada se encargase de todo el asunto. ¡Demasiada seguridad!

—Pero...

Ted le señaló, con el índice estirado.

—¡Y la culpa es tuya, Jimmy! Antes de esto, cuando trabajábamos en Venus, no éramos así: sabíamos lo que queríamos y éramos capaces de parar cualquier golpe. Pero tú, desde que hemos empezado este asunto, no dejas de recomendarnos que seamos prudentes, que no demos lugar a ningún jaleo.

—Es natural. El jefe quiere que la SIP no tenga nunca motivo para meter las narices en este asunto. ¡Y no irás a decirme que no lo hemos conseguido hasta ahora!

—Todo lo que quieras, pero el tipo de esta noche nos ha demostrado que somos vulnerables, que ya no estamos preparados como en otros tiempos...

Jimmy reflexionó unos instantes.

—Quizá tengas razón —dijo, después de unos instantes de silencio—. Hasta estoy de acuerdo contigo en que el asalto de esta noche ha sido... diríamos providencial.

—¿No es cierto?

—Sí. Ahora mismo hablaré con el jefe. Voy a proponerle algo.

—Es lo mejor.

Fue entonces cuando Pat, volviéndose hacia ellos, preguntó:

—¿Es que no me vais a dejar ir en busca de ese hijo de perra? Sus ojos lanzaban llamas.

—Espera a ver lo que dice el jefe.

Pat gruñó, continuando acariciándose la parte posterior de la cabeza.

No se dijeron nada mientras Conway estuvo ausente. Oyeron, lejos, en su despacho, cuya puerta había quedado entreabierta, el rumor apagado de su voz.

Luego regresó.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Ted.

—Qué está de acuerdo con la idea que le he presentado: formaremos una banda otra vez. Así nos protegeremos de los atracos de los demás.

—¡Eso está bien!

—¿Y de ese cerdo? —inquirió Pat.

—También me ha hablado de él: vamos a quedárnoslo.

—¿Eh?

Los ojos del ex púgil se sallan de sus órbitas.

Pero Jimmy, sin Inmutarse, dijo:

—Ha demostrado tener reañs y saber lo que se hace. Además el jefe tiene razón: dos hombres son muy pocos. Tres ya puede pasar.

—Pero ¿no les ha dicho lo que me ha hecho ese gusano? ¡También le advertí yo, diciéndole que iba a proporcionarle trabajo! Le vi decidido, un tipo que nos hubiese convenido...

Conway le miró con fijeza antes de decir, lentamente:

—¿Y crees que le hubiésemos aceptado si te hubiera escuchado?

—Ya sé que...

—¡Ya sabes que no! Un tipo que escucha cualquier cuento que le «larguen» no vale para nada. Si te hubiera escuchado, ya sabes dónde estaría ahora...: junto al polizonte de la SIP que se metió donde no le llamaban.

—Tienes razón —dijo Ted.

Pat exclamó:

—¡Pero a vosotros no os ha hecho nada!

Y mirando a Jimmy, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, Conway?

—Buscarle. Es casi seguro que se esté gastando el dinero en algún sitio, quizás en Harlem. Un tipo que acaba de salir de la cárcel tiene ganas de divertirse. Vais a ir a buscarle y me lo traeréis aquí —miró a Pat y con voz dura advirtió—: ¡Pero le quiero entero, Robers! ¿Entendido?

La expresión de éste se tornó suplicante.

—¿Es que no vas a dejarme que le pegue un poco, Jimmy? ¡Por

favor! ¡Sólo para que sepa qué no se me «zumbas» impunemente!

Jimmy sonrió.

—Bueno, de acuerdo. Pero te aseguro que si pegas demasiado fuerte y lo estropeas, tendrás que verte las caras con el jefe. ¡Y ya sabes cómo las gasta!

Pat no pudo evitar un estremecimiento.

Pero la idea de poder «sacudir», aunque no fuese más que un poco, al tipo que le había hecho aquel chichón le hizo sonreír. — ¡De acuerdo!— exclamó—. Te lo dejaré entero, ¡palabra!

Capítulo

VI



El había ido a Harlem, pero no escogió ninguno de los sucios locales del centro del barrio negro, sino que se fue, decididamente, al más elegante de todos, «The Paradise» donde los espectadores eran, en su mayoría, hombres blancos, atraídos por el espectáculo único que se daba allí.

No estaba mal.

Justamente, en aquel momento, una cantante negra, de singular belleza, interpretaba un trozo y escogido de la nueva escuela de jazz: «The Spacial Hot»:

*Estaré sentada, al borde de un cráter...
en el planeta que he descubierto
sólo para ti y para mí;
un mundo que he regado con mi llanto
y en el que el aire que respiro
son los suspiros
de mi amor...*

La voz era cálida y el ritmo tenía aire de embrujado, como si procediese de aquel ignoto mundo de la canción.

—¡Maravillosa! —exclamó una voz, cerca de él.

Volvióse, viendo en la mesa vecina a una joven, elegantemente vestida, pero que, habiendo bebido más de la cuenta, movía la cabeza de un lado para otro, con una sonrisa que tenía mucho de estúpida.

Y era una lástima.

Mirando a la joven, Ken se dio cuenta de que era muy bella, con su larga cabellera negra, sus ojos oscuros, su amplia frente y el aire inteligente que, a pesar del alcohol, lucía en sus pupilas.

Ella se dio cuenta de que el joven la miraba.

Y volviéndose hacia Ken, Inquirió:

—¿Tengo monos en la cara, señor?

—¿Monos? ¡De ninguna maneja! —replicó él, sonriente—. A no ser que sean monos preciosos...

—¡Muy gracioso.

Y tendió la mano hacia la botella.

Ken preguntó:

—¿No cree que ha bebido demasiado, señorita?

—Y a usted ¿qué le importa?

Ken se encogió de hombros, dándose cuenta de que no había nada que hacer.

Pero ella, cortando el gesto y sin coger la botella, que dejó sobre la mesa, volvióse hacia él.

—Perdone —dijo—. Ni el alcohol puede hacerme olvidar que me he portado groseramente con usted.

—No tiene importancia.

—¡Claro que la tiene! Creí, al venir aquí, después de recorrer otros cuantos lugares más, que podría olvidar gracias a esto —y señaló la botella—. Pero quien afirma que el alcohol borra los recuerdos, es un estúpido, un imbécil, un débil mental... ¡No se puede olvidar así como así!

Ken siguió sonriendo.

—Deben ser muy grandes esos recuerdos, a juzgar por el ímpetu que ha tomado para borrarlos de su mente.

Ella entornó los ojos.

—Sí, son muy malos... quizá los peores que haya tenido en mi vida.

—¿Por qué no toma un café cargado? Verá como todo eso le

pasa. Hay que dar tiempo al tiempo, ¿no le parece?

—Puede que sea verdad...

—¿Quiere sentarse a mi mesa? Si lo que desea es distraerse para olvidar, procuraré hacer lo posible por ayudarlo...

Se levantó la joven, con paso inseguro y Ken tuvo que ayudarlo a sentarse a su lado.

—Es usted muy amable...

—Me llamo Ken.

—Yo Miriam...

—Encantado, Miriam...

—Igual digo, Ken...

Rieron, después de estrecharse la mano.

El agente llamó al camarero, pidiendo dos cafés bien cargados.

Cuando el otro se alejó, preguntó, sonriendo:

—¿De qué quiere que le hable, Miriam?

—De nada. Soy yo la que deseo hablar. ¿Sabe lo que es la «catarsis»?

—No.

—Es, sencillamente, un nombre complicado que quiere decir «limpieza». Si yo, por ejemplo, le cuento a usted mis penas, esa descarga me deja como nueva.

—¡Pues adelante con la «catarsis»!

—Gracias...

Se interrumpió para sorber un buen trago del café que el camarero acababa de dejar sobre la mesa.

Luego continuó:

—Soy médico, Ken: una doctora que creía haber estudiado para poder hacer algo por sus enfermos.

—Es natural.

—Así lo creía yo hasta hace unos días.

—¿Se le ha muerto alguno de sus pacientes?

—No, nada de eso: la muerte, Ken, entra dentro de lo que un médico debe esperar. Ha sido peor.

—¿Locura?

—Peor.

—¿Aún peor?

—Sí. Imagínese una niña, una jovencita linda como todas, una criatura por la que sentía yo un afecto extraordinario..., porque,

como yo, era huérfana de padre y madre.

—Lo lamento, de veras.

—Gracias, Ken; pero yo ya estoy acostumbrada. Desde muy pequeña me encontré en uno de esos establecimientos donde no se reciben más que las visitas de unas solteronas que, creyendo hacer bien, se muestran extremadamente exigentes hacía unos niños... que ellas no han tenido nunca.

—Comprendo.

—Por eso, a pesar de que mi enfermita; en realidad no tuvo más que el sarampión y unas anginas sin importancia, pero la costumbre me hace llamarla así; mi enfermita, pues, había sido adoptada por un hombre muy bueno y muy rico. No tenía por ese lado preocupación alguna; pero, sin poder evitarlo, experimentaba hacia ella un no sé qué... Quizá porque ambas habíamos vivido en un sitio semejante.

—Perfectamente comprensible.

—Imagínese, pues, que, de la noche a la mañana, esa niña se convierte en un monstruo horrible...

¿Eh?

—Lo que oye. Su cuerpo se cubre de vello rojizo y su hermoso rostro desaparece tras ese pelo rojizo, donde el aspecto de una pequeña bestia, de un ser de pesadilla.

Ken tuvo que hacer un esfuerzo para contener su emoción.

Así que aquella doctora había visto a la hija de Clinton Yuen!

—¿Es posible? —inquirió, por decir algo.

—Sí. ¡Y yo sin hacer nada! ¡Y el profesor Bruner, al que llamé, sin entender una palabra, aunque no pude ver a la niña porque ésta se había escapado!

—¿La han encontrado ya?

—No. ¡La policía ha demostrado su incapacidad! ¡Y hasta la SIP ha fracasado! ¡Y yo que creía que la Spacial International Police servía para algo!

¡Mucho nombre, mucha fama y son incapaces de encontrar a una niña que desaparece! ¡Banda de inútiles!

Ken siguió sonriendo, pero un poco menos.

—No hay que perder las esperanzas, Miriam...

—¡Bah! Si se tratase de una niña normal, comprendo las dificultades. ¡Pero es un monstruo! ¡Un ser que cualquiera que lo

vea lo comunicará en seguida..., si no lo matan creyendo que se trata de un animal escapado del Zoo! ¡Pobre Emily!

Y se echó a llorar.

Conmovido, Ken le puso una mano en el hombro.

—¡Cálmese, Miriam! Lo mejor que puede hacer ahora es regresar a casa, echarse a dormir y procurar descansar. Mañana, si me promete ser buena, iré a verla después de haber hablado con un detective particular, amigo mío, que se encargará del asunto con entera exclusividad.

Ella alzó el rostro.

—¿De veras hará eso, Ken?

—Si.

Pero, al mismo tiempo, frunció el entrecejo.

Porque acababa de ver en la entrada el hombre de la nariz aplastada que, junto a otro bajo y regordete, le miraban intensamente.

Como había supuesto, le habían encontrado.

Fue entonces cuando la doctora, emocionada por la promesa que acababa de hacerle, le besó en los labios.

Ken sintió un escalofrío, maldiciendo la tensión nerviosa de aquellos momentos, que le obligó a separar el rostro de la muchacha, de forma a no perder de vista a los otros.

—¡Voy a volver a casa, Ken! ¡Le haré caso! ¿Me acompaña?

Volvió Ken a maldecir su misión y las exigencias que ésta le imponía: pero, en voz baja, dijo:

—Ahora me es imposible, Miriam... En serio. Estoy esperando a un amigo.

—Bien. Vivo en Richmond. Wall Street, 1084. ¿Lo olvidará?

—Nunca.

—¿Vendrá mañana?

Ken asintió:

—Seguro.

—No me moveré de casa.

—De acuerdo.

—Adiós.

Se alejó después de dejar unos billetes sobre la otra mesa.

Por un momento, Ken temió que los otros la interceptasen; pero al ver que la dejaban pasar, comprendió que ellos creían que se

trataba de un encuentro casual que formaba parte del plan de diversión que él había montado después del robo.

Suspiró.

El que la muchacha estuviese a salvo le dejaba libre para actuar.

Los otros dos estaban allí y «Nariz Rota» se había disimulado, junto a una cortina, lo que hizo saber al agente que aquel idiota debía estar convencido que no le había visto.

Mejor que mejor.

Llamó al camarero, pagando su consumición y dándole una buena propina, que hizo que el hombre desfrunciese el ceño, sobre todo después de la petición de los cafés, insólita en un lugar como aquél.

—Gracias, señor. Mala suerte con la chica, ¿eh?

Le había guiñado el ojo y Ken sonrió.

—¡Todas son iguales!

—¡Dígamelo a mí!

Abandonó la mesa, yendo hacia la salida. Y, como esperaba, al pasar junto a los otros dos, Pat se le pegó a la espalda, hundiéndole el cañón de su pistola en los riñones.

—¡No te muevas, amiguito! —dijo, entre dientes, con un silbido de cobra furiosa.

El otro, aprovechando la salida, le quitó la pistola.

Salieron.

—Una coche estaha parado no lejos de la salida y Ken fue empujado hacia el interior, seguido de su «amigo».

El otro se sentó al volante, poniéndole seguidamente en marcha.

Pat dejó escapar una risita.

—No esperabas que nos encontrásemos tan pronto, ¿eh, superhombre?

—¡Mala suerte! —suspiró Ken.

—¡Y que lo digas, gran hombre! Porque ya te imaginarás lo que te espera, ¿verdad?

Km le miró, a los ojos.

—¡No me das miedo, idiota! ¿O crees que soy tan blando como tú?

—¡Maldito!

Pera Ted, desde delante, volviéndose un poco, pidió:

—¿Quieres cerrar el pico, Pat?

Este gruñó.

Y Ken, que comprendía su situación, aunque sabía que no iba a pasárselo de rositas, insistió, con morbosa ironía:

—¿Te das cuenta, bocaza? ¡Hasta tus amigos están hartos de ti! ¡Si no tienes más que lengua!

—¡Te voy a...!

—¡Silencio los dos! —rugió el conductor, dando un frenazo. Y pensándolo mejor añadió—: Pasa aquí, Pat, y conduce tú: al menos iremos más tranquilos.

El otro obedeció, sin dejar, no obstante, de gruñir.

El coche reanudó la marcha.

Ted, que tenía la pistola en la mano, volviéndose hacia el prisionero advirtió:

—Haces mal en enfurecer a Pat, muchacho.

—¿Tú crees...?

Ted asintió con la cabeza.

—Sí. Y como quiero que se te aclaren las cosas, he de decirte que Pat tiene permiso para «sacudirte» un poco.

—¿Nada más que eso?

El otro frunció el entrecejo.

Después, mirándole fijamente, dijo:

—Quieres hacerte el «duro», ¿verdad?

El frenazo del coche interrumpió a Ken la respuesta que tenía preparada y que no era, precisamente, amable.

Pat abrió la puerta.

—¡Ya hemos llegado! —dijo, con una sonrisa.

Salió Ted y cuando lo hizo el agente, dijo mirando a Pat:

—¡A ver cuándo aprendes a saludar cuando abras la puerta! ¡Como los buenos chóferes de gente rica!

Pat lanzó un rugido.

Se habían detenido ante una casa, en las afueras de la ciudad: una casa aislada.

El lugar ideal para una «conversación amistosa».

El interior del edificio estaba abandonado y muy mal amueblado. La suciedad y la humedad se habían adueñado de todo. Pero no fue aquello lo que llamó la atención al agente de la SIP.

Se fijó, nada más entrar, en el hombre que estaba, de pie, en medio de la estancia y en la reja, de gruesos barrotes, que se veía al

fondo.

Pat y Ken tenían sus pistolas en la mano.

—¿Es éste? —inquirió el hombre.

—Sí, Jimmy.

¡Así que aquél era Conway, el «honrado» representante general de la Pro-Venus!

—¿Cómo te llamas?

—Ken Tuller.

—¿Por qué has robado?

Ken lanzó una carcajada.

—¿Por qué lo haces tú? —inquirió, a su vez.

—No me gusta nada —dijo Jimmy.

—Lo siento. Tampoco eres tú mi tipo...

Una especie de sonrisa, que no gustó nada a Ken, entreabrió los labios de Conway.

—No nos conoces —dijo—. ¡Pat!

—¿Qué hay?

—¡Puedes empezar!

—¿De veras?

—Si.

Prevenido, Ken retrocedió. Y mirando con los ojos brillantes a Conway, inquirió:

—¿Es que no vas a atarme?

Jimmy se encogió de hombros.

—¿Para qué? Pat fue campeón y ahora no lo vas a coger desprevénido, como antes. Te romperá la cara con una facilidad extraordinaria.

—¡Y que lo digas! —rió «Nariz Rota».

Ted se había movido, poniéndose delante de la puerta, con la pistola en la mano.

Pat guardó la suya, cerrando los puños, con una guardia profesional, avanzando lentamente hacia Ken.

—¡Prepara los morros, superhombre! —advirtió.

Y se lanzó moviendo sus puños formidables, duros como mazas.

Ken no perdió el tiempo.

Agachándose, esquivó los golpes del otro, sin retroceder, lanzando un puntapié a la mandíbula de su adversario, que lanzó un grito de dolor.

—¡Perro! —rugió, lanzándose de nuevo.

Esta vez, Ken no pudo evitar que uno de los puños le rozase el rostro, pareciéndole que acababan de pasarle por la piel un papel de lija. Pero, mordiéndose los labios, volvió a lanzar su pie derecho, golpeando esta vez en la garganta de Pat, que cayó de rodillas con los ojos desorbitados, respirando con dificultad, con la boca abierta y la lengua fuera.

Ken no le dejó mucho tiempo para recuperarse.

Dando un salto en el aire, como un bailarín ruso, lanzó su pie contra la sien de Pat, que terminó desplomándose. Pero, al mismo tiempo, en aquel salto curioso y rapidísimo, extendió la mano izquierda arrancando la pistola que Ted empuñaba, sin que éste, admirando las acrobacias de aquel extraño tipo, hiciera nada por evitarlo.

Así, Ted y Conway se encontraron, de repente, amenazados por el arma que Ken empuñaba.

—Bueno, amigos... y no es que quiera presumir, pero la verdad es que no sois más que unos principiantes o habéis perdido la costumbre.

Una sonrisa forzada apareció en el rostro de Jimmy.

—¡Me gustas, muchacho!

—¡Ah! Parece que has cambiado de opinión —besó la pistola que tenía en la mano—. ¡Lo que hace un cacharrito así, ¿eh, Conway?!

—Puedes guardarla.

—Tú mandas.

Obedeció Ken y avanzando junto al otro, estrechó cordialmente la mano que le tendía.

—¡Creo que nos entenderemos! —exclamó Jimmy.

—También lo creo yo.

Repuesto de su susto, Ted se acercó, tímidamente aún, sin atreverse a mirar a Jimmy de frente.

Con tono quejumbroso trató de disculparse:

—Lo siento, Conway: fue más rápido que yo. Me cogió por sorpresa.

Jimmy sonrió.

—¡Eso ya no tiene importancia!

Un rugido horrible hizo que Ken frunciera el ceño.

—¿Qué es eso? —inquirió.

Conway sin dejar de sonreír, dijo:

—Ya eres de los nuestros, Ken, y podemos, por tanto, enseñarte algo. Ven.

Dieron la vuelta a un estrecho pasillo, tomando luego una escalera que les situó sobre un lugar prominente, al borde de un foso mal alumbrado.

Ken se acercó, no sin un cierto temor, mirando hacia abajo.

Lo que vio le hizo estremecerse.

Había en uno de los rincones dos criaturas peludas, pegadas la una a la otra como si durmiesen, y otra, gigantesca, en medio del foso, mirando hacia arriba, sin dejar de emitir roncós gruñidos.

—¿Qué es esto? —inquirió Ken, sinceramente conmovido.

Conway lanzó una carcajada.

—¡Seguro que no lo adivinas!

—Yo...

—No te esfuerces, muchacho—señaló a las dos formas amontonadas. —Ésos no te dirían nada, porque no los conoces; pero ése, esa especie de mono que nos mira y gruñe... ¡es un antiguo agente de la Spacial International Police! ¿Qué te parece?

Y soltó una carcajada que resonó lúgubramente, coreado por el eco de la risa de Ted, que se cogía el vientre mientras los ojos se le llenaban de lágrimas que la hilaridad le producía.

Ken sintió que la sangre se le helaba en las venas.

«¡Parker! —pensó—. ¡Parker esta bestia inmundal! ¡Dios mío!»

Las risas de los otros seguían sonando, por encima de los gruñidos de la fiera de pelo rojizo.

Capítulo

VII



El agente Ken penetró en el jardín, excelentemente cuidado, que rodeaba la casa habitada por la doctora Shaw.

Había pasado la noche junto a los otros, abandonando aquella horrible casa de los monstruos para ir a las elegantes oficinas de la Pro Venus conociendo, al mismo tiempo, los pisos superiores en los que habían instalado un verdadero palacio.

¡El millón de créditos y lo demás daba para mucho!

Ahora, subiendo la escalinata que conducía a la casa, Ken no podía olvidar, como no había olvidado durante las pocas horas; que había concedido al descanso.

Llamó.

Tardaron un poco en abrir, pero valía la pena, ya que apareció Miriam, linda como nunca en su bata blanca, lo que demostraba que el uniforme profesional no mermaba en nada su natural belleza.

Dijo, sonriente:

—Le esperaba, Ken. Pase.

El saloncito estaba coquetamente amueblado y se respiraba en él una atmósfera cálida, extremadamente agradable.

—Siéntese. ¿Quiere beber algo?

—Café.

—¿Está visto que no quiere que caiga de nuevo en lo de anoche, ¿eh?!

—Desde luego. Viéndola ahora, no comprendo cómo pudo llegar a «The Paradise» en aquel estado.

—Olvidémoslo ¿quiere?

—¡Desde luego!

—Un momento. Iré a preparar ese famoso café.

Ken se quedó solo, recreándose en detallar todo lo que de encantador había allí. Se veía, desde luego, que la mano de una mujer se había detenido un instante en cada cosa, dejando esa especie de halo que, invisible, se deja sentir, no obstante, con una fuerza sutil.

Pero, al mirar alrededor suyo, Ken frunció el entrecejo al descubrir un buen montón de maletas cerradas, junto a la subida de la escalera.

Miriam volvía en aquel instante, empujando un carrito de servicio con unas cafeteras y unas bandejas con pan tostado, mantequilla y mermelada de distintas clases.

—No esperaba tomar café solo a estas horas ¿verdad? —dijo, al ver la expresión de asombro que se pintaba en el rostro de él.

Le sirvió, graciosa y ceremoniosamente, sentándose luego al otro lado de la mesita de ruedas.

—Mientras hacía el café —dijo—, he estado pensando en la pobre opinión que se habrá usted hecho de mí.

—No lo crea: pero si lo que quiere es que la compadezca...

Fue como un latigazo y ella reaccionó, con viveza, sin dejar de mirarle. Hasta que la sonrisa volvió a los labios.

—Haría usted un buen psicólogo, Ken. Me ha sacado de mi histeria con pocas palabras.

—Es que compadecerse de uno mismo no conduce a parte alguna. ¿No le parece que es mejor guardar nuestra consideración para los demás?

—Tiene usted razón.

—Pues si la tengo, ¿por qué no ha empezado por decirme que se iba de viaje?

Ella se volvió hacia las maletas; luego, mirándole de nuevo, dijo:

—¡Ni que fuese usted un policía! Y hablando de éstos, puede

decir a su amigo, el detective privado, que ya no necesito sus servicios.

—Lo suponía.

—¿Por qué?

—Por las maletas.

Y después de una pausa:

—¿Dónde se va, Miriam?

Ella dejó la tacita, y encendió un cigarrillo, viendo que él todavía tenía un trozo de pan en la mano.

Luego dijo:

—Escuche, Ken. Es muy posible que me crea un poco estúpida... No, déjeme seguir, por favor. Puedo parecerle un poco tonta, sobre todo después de lo ocurrido anoche; pero, créame o no, estoy ofendida contra mi profesión y contra mí misma.

Ken preguntó:

—¿Por no haber podido curar a esa niña?

—Veo que tiene una buena memoria: sí, por eso. También le dije que el profesor Bruner, de Los Ángeles, me comunicó que no había oído nada semejante...

—Así es.

—Bruner es una persona excelente, pero muy viejo. Yo le creí en un principio y por eso acabé anoche en «The Paradise»; pero al volver, quizá gracias al café que tomamos allí, no pude dormirme enseguida y estuve repasando unas revistas que no había tenido tiempo de leer desde que me las enviaron.

»En realidad, lo que deseaba era alejar mis ideas, hacerle caso y olvidar fuese como fuese. Pero tuve la suerte de fijar mi atención sobre un artículo, ya bastante antiguo puesto que tiene, más de dos años, escrito por uno de los miembros de la expedición que desembarcó en Venus.

—¿Decía algo interesante?

—Juzgue cuando le diga que ése hombre vio, en una de las zonas exploradas, criaturas que son idénticas en aspecto al que ofrecía la pobre Emily.

—¡Es prodigioso! Aunque, ¿cómo saben que se parecen?

—Porque el artículo lleva dos fotos, una de ellas excelente.

Ken sintió un extraño cosquilleo en las manos.

—¿No... podía usted mostrarme esas fotos?

—¿Por qué no?

Se levantó, yendo a una habitación vecina que debía ser su despacho, de la que regresó, casi enseguida, con un periódico en la mano.

—Mire.

Mordiéndose los labios, el agente de la SIP contempló las fotos.

Una de ellas no era clara y había sido tomada a mucha distancia, cuando el animal, o lo que fuese, corría, alejándose, quizás asustado por la presencia de los astronautas. Pero la otra había sido hecha con mucha más precisión, o suerte, y mostraba a la extraña criatura, con su vello rojizo, cubriéndole incluso el rostro, salvo los ojos, que parecían dos minúsculas piedras negras brillando en aquella rizada maraña.

¡Era como si estuviese viendo, de nuevo, a Parker Fenner, en aquella horrible casa!

—Es impresionante —dijo, con voz profunda, respirando una buena bocanada de aire.

—¿Verdad que sí? Aunque impresiona más verlo de cerca, tocarlo, sobre un lecho...

—Desde luego.

Hubo una pausa, después preguntó:

—¿Y cómo cree usted, Miriam, que esa pequeña se convirtió en un bicho... como ése?

—Es lo que quiero averiguar en Venus.

—¿Eli? ¿Es que va usted a Ir a Venus?

—Sí.

—¡No lo haga, Miriam!

—¿Por qué no?

—¿No se da cuenta de que aquel planeta no es, por el momento, un lugar adecuado para una mujer?

Le sonrió, con un poco de benevolencia.

—Han ido mujeres allí, Ken...

—¡Pero con sus maridos!

Se mordió los labios, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos; durante un par de minutos, un embarazoso silencio reinó entre ellos.

Luego, Miriam dijo, lentamente:

—Gracias por preocuparse de mí, Ken; de veras que se lo

agradezco mucho. Pero tiene que comprenderme: estoy segura de que la solución a esa terrible enfermedad está allí, en Venus, como esas fotos lo demuestran.

—¿De qué cree que se trata?

—No lo sé con seguridad, pero puede ser muy bien la acción de un virus: el mismo que, sin duda, ha degenerado la raza de Venus hasta convertirla en esas bestias rojizas.

—¡Pero eso quiere decir que hay habitantes allí! Sin embargo, la comisión científica no comunicó nada al Consejo del Mundo.

—Porque no se trata de seres racionales, Ken.

—¿Entonces?

—Son, en Venus, lo que los monos superiores aquí, en la Tierra.

—¿Y cómo es posible que uno de nosotros pueda convertirse en una fiera así?

—Acabo de decírselo: un virus. Quizá los hombres que volvieron de Venus trajeron esa sustancia, vertiéndola en algún sitio que hizo que llegase hasta las víctimas...

—Pero es que no sabe que todo esto responde a una actividad criminal, Miriam?

—¿Eh?

Le miró, con los ojos muy abiertos.

Y como Ken no dijese nada, ella, acercándose, inquirió:

—¿Quiere decir que alguien...?

—Sí. Existe una organización, llamada Pro Venus, que está sacando dinero a los idiotas que creen en ella; pero, además, aprovechándose, de una especie de chantaje, ha recibido un millón de créditos de Perelle, el de los televisores y, sin duda alguna, de otros que no han dicho nada.

Miriam preguntó:

—¿Y lo del señor Yuen?

—Lo mismo. Le visitaron, pidiéndole dinero. Él se negó y entonces la pequeña Emily...

—¡Calle, por Dios! ¡Qué horror!

—Por eso no quería que fuese usted a Venus...

Ella no dijo nada, permaneciendo inmóvil durante un buen rato. Después, descubriendo su rostro surcado por las húmedas huellas de las lágrimas, exclamó:

—¡Hay que castigar a esos canallas, Ken!

Y se arrojó a sus brazos.

El agente experimentó una sensación turbadora. Sentía a la mujer a su lado, estremeciéndose al compás profundo de los sollozos. Y sin poder evitarlo, sabiendo que acababa de lograr el mayor triunfo de su vida, le acarició aquella sedosa cabellera negra.

—No temas, Miriam. Yo descubriré a esos granujas y recibirán su merecido. En realidad, ya estoy trabajando con ellos, camuflado. Y sé muchas más cosas de las que puedes imaginarte.

Ella alzó la cabeza, mirándole a través de las lágrimas.

—¡Ten cuidado, amor mío!

—No te preocupes. Han jugado demasiado fuerte y la SIP no perdona a los que atacan a sus agentes.

—¿Qué quieres decir?

—Que uno de mis compañeros se encuentra en mala posición, prisionero de esos bandidos, y que lo pagarán caro.

Le hubiera gustado decirle cómo había visto a Parker, pero no deseaba hacerlo, ya que no quería que ella supiese que los dos niños, John y Emily, estaban también en aquella horrible celda, convertidos en bestias rojizas.

Como si hubiera leído su pensamiento, ella preguntó:

—¿Y los niños, Ken?

El agente se sobresaltó.

—No sé —repuso, al cabo de un corto silencio.

—¡Pobrecillos! ¡También lo del agente es espantoso!

Ken guardó silencio.

La muchacha, que ya se había secado las lágrimas, inquirió:

—Es un compañero tuyo ¿verdad?

—Sí, querida: un buen amigo que había trabajado conmigo en muchas ocasiones. ¡Por eso me pagarán caro lo que han hecho con él!

—Tengo mucho miedo por ti.

—No temas. ¿Vas a deshacer las maletas?

—¿Deshacerlas? ¡No, Ken!

—Pero...

Le miró, intensamente, rodeándole el cuello con los brazos.

—¿Es que no te das cuenta, amor mío, que ahora, más que nunca, he de ayudarte?

—Miriam, por favor...

—Escucha. Estoy completamente segura de que en Venus descubriré ese virus que ha producido la transformación de Emily y los otros. Una vez descubierto, regresaré aquí y podré preparar un antídoto para que esas pobres criaturas vuelvan a ser lo que eran.

—Sería maravilloso, pequeña mía, pero no estoy dispuesto a dejar que corras riesgos tan grandes...

—¡No seas tonto. Iré como médico y nadie me dirá nada.

—¡Eso es lo que tú crees! En cuando la banda se percate de que estás metiendo las narices en donde no te importa, se te echarán encima como fieras hambrientas.

—No. Yo te prometo ser prudente. De todos modos, si acabas pronto tu misión aquí, puedes venir en mi busca, si es que no he regresado aún, cosa que no sucederá, pues no pienso estar en Venus más de un par de semanas.

Él se dio cuenta de que no había nada que hacer.

Y, por otra parte, consideraba que Miriam, tenía razón al intentar descubrir el antídoto que podía hacer que los tres desdichados de aquella casa pudieran volver a ser criaturas humanas.

Pero el temor de que le ocurriese algo a la mujer que desde hacía unos instantes podía considerar como su prometida...

Finalmente asintió.

—Bien. Puedes ir, Miriam. Pero te aseguro que si tardas más de quince días, sin contar el viaje? Iré a buscarte aunque no haya acabado mi misión aquí. Pediré al jefe que me releve e iré en tu busca.

—¿Y crees que el señor Callowan te dejará ir?

—¡Naturalmente! ¿Lo dudas?

—No. Pero he oído hablar mucho de él y me han dicho que es muy rígido con las cosas del servicio.

—Es verdad, pero eso no quiere decir que no sea una excelente persona —sonrió—. A veces le llamamos «gruñón», «traganiños» o «viejo», pero son adjetivos cariñosos; porque, en el fondo, todos nosotros daríamos la vida si supiésemos que la suya está en peligro. Y él es igual: perdonaría a cualquiera, menos a los que atenían contra la vida de uno de sus agentes.

—Debe de ser un hombre maravilloso.

—Lo es.

—No lo dudo. Y ahora, querido, déjame, por favor. Quiero salir cuanto antes.

—¿Cómo vas a ir? No hay servicio ordinario para Venus.

—Ya lo tengo pensado. Hay una nave de cargo que sale cada semana para llevar cosas a los colonos. Admiten pocos pasajes, pero he logrado uno de ellos.

—Te repito que tengas cuidado.

—Lo tendré.

—Bueno, adiós...

Iba ya a abrir la puerta cuando ella le cogió, dulcemente, por la manga.

—Ken...

—¿Qué quieres?

—¿No me das un beso... antes de irte?

La cogió en sus brazos y ella le ofreció los labios, cálidos, suaves como el terciopelo.

Cuando estuvo en la calle, Ken silbaba una canción que creía haber olvidado. Y al darse cuenta de lo que estaba haciendo, soltó una carcajada.

Era, sin duda alguna, el más feliz de los hombres.

Capítulo

VIII



CUANDO penetró, familiarmente, en el interior del salón de Pro Venus, una animación extraordinaria reinaba allí.

Grupos de gente iba de una ventanilla a otra y las mujeres, luciendo el brazalete que la organización les habla procurado, chillaban como locas, vendiendo boletos especiales en las puertas.

No era para hacerse muchas ilusiones respecto a una humanidad que se dejaba engañar de aquella manera; pero, después de todo, la gente es así y basta dirigirse a su buen corazón para que respondan, sin importarles mucho el destino que va a darse al dinero que, muchas veces, entregan a costa de serios sacrificios.

«El día que se acabe todo esto —se dijo el agente—, se tendrá que proceder a reintegrar el dinero... si es que queda algo».

Dirigióse hacia la entrada lateral, donde empezaba la escalera que conducía al piso superior, después de luchar con una vieja que se había pegado a él con la intención de que se quedase con una ristra de boletos.

—Soy de la casa —dijo Ken.

Ella le sonrió encantada.

—¡Ah! ¡Haberlo dicho, joven! ¡Somos soldados en la misma trinchera!

Y se fue saltando con pasos menudos, chillando como una desesperada.

—¡Un boleto para los colonos de Venus!

Ken no pudo evitar una sonrisa.

¿Qué hubieran dicho aquellas viejas chismosas si él les hubiese aclarado lo que había detrás de aquella flamante organización?

«Seguro que me queman vivo —pensó—. Ninguna de ellas daría crédito a mis palabras. Ésa es, precisamente, la fuerza de estos granujas...»

Momentos después se detenía ante la puerta del despacho de Conway, golpeando suavemente sobre ella.

—¡Adelante!

Entró, viendo que Jimmy estaba contando dinero, mucho dinero, distribuido en paquetitos. La noche anterior les había devuelto lo que le quedaba del que cogió a Pat.

—Siéntate.

Obedeció el agente, encendiendo un cigarrillo.

El otro siguió contando.

Y como pasasen algunos minutos, en silencio, roto sólo por el ruido que hacían los labios de Jimmy al contar, Ken, sin poder más, preguntó:

—¿Van bien las cosas, compañero?

El otro se detuvo, mirándole.

Luego contestó:

—Van muy bien, Ken. No puedo decir lo mismo respecto a ti.

—¿Qué insinúas?

Pero el otro, en vez de contestar, inquirió:

—¿Dónde has estado esta mañana?

—Dando un paseo.

Conway frunció el entrecejo.

—¿Dónde has estado? —insistió.

Ken vaciló unos segundos. No estaba muy seguro de que no le hubieren seguido. Y sabía que una mentira en aquel momento sería una mala nota, un pésimo comienzo de misión.

Por eso:

—He estado con ella.

—¿Quién es ella?

—¿Es que he de decirte todo de mi novia?

—No es eso, Ken. Pero has de saber que ahora estás a mis órdenes y que trabajas, para nosotros. No quiero que vuelvas a disponer de tu tiempo sin decirme dónde vas y el rato que estarás fuera. Si tienes novia; allá tú. Pero vete acostumbrándola a que se pase un poco sin tu presencia.

—¡Está bien! ¡Está bien!

—El jefe te ha contratado para que trabajes con la organización y que des la cara cuando sea necesario. El servicio es de veinticuatro horas al día, sin interrupción. Por eso te daremos lo que necesites —señaló los billetes—. No es precisamente el dinero lo que va a faltarte.

—Perfecto. No volveré a salir sin tu permiso, jefe.

Jimmy sonrió.

—Así me gusta, Ken.

Y volviendo a señalar los billetes, comentó:

—El asunto va viento en popa. Y no es sólo el dinero que entra cada día aquí en chorro continuo, sino las aportaciones voluntarias de los ricos.

—Ya leí que un tal Perelle os entregó un millón.

—Ése no ha sido más que uno entre muchos.

Ken silbó, con elocuente admiración.

—¡Menudo asunto!

—Sí, es muy bueno. Por eso has tenido mucha suerte entrando a trabajar con nosotros. Y hablando de trabajo: esta noche irás con Ted a hacer un servicio especial.

—Bien.

—Os llevaréis uno de los coches. Ted te dirá lo que tenéis que hacer.

Aquello era una despedida y Ken, comprendiéndolo, se levantó, aplastando la colilla de su pitillo en el cenicero.

—De acuerdo —dijo—. ¿Algo más, Jimmy?

—Nada, muchacho. Ahora, para no aburrirte, puedes ir a echar una mano a Pat, en su ventanilla.

—De acuerdo.

* * *

Estaba anocheciendo.

El vehículo se deslizaba, por la Segunda Avenida, sobre la que

caía una llovizna pertinaz. Ante Ken y Ted, los limpiaparabrisas oscilaban, silenciosos y rápidos.

—¡Qué tiempo! —exclamó el gordo.

—Es el principio del otoño.

—No me digas. ¡Con lo que me gusta el sol!

Después de una pausa, explicó:

—Si puedo, muy pronto, voy a pasarme unas hermosas vacaciones en Florida. ¿Qué te parece?

Ken gruñó algo ininteligible.

«¡No puedes imaginarte dónde vas a pasar esas vacaciones, Ted!

—pensó—. Quizá, con un poco de suerte, pueda influir para que te envíen a una Penitenciaría del Sur».

Y en voz alta:

—También me gustaría Ir a Florida.

—¡Podemos ir juntos!

—Seguramente. Pero no creo que Jimmy nos de permiso.

—Ya veremos...

El coche se detuvo en una esquina.

Ted invitó:

—¡Vamos a echar un trago!

Penetraron en el local, sentándose al fondo. Cuando el camarero colocó ante ellos los «whiskies» pedidos, Ken observó:

—¿No llegaremos tarde, Ted?

—No. Tenemos dos horas por delante.

—¿Dos horas?

—Como lo oyes. Pero estaba cansado de estar detrás de aquella ventanilla y he hecho que una de esas viejas se ponga en mi lugar. ¡Estar encerrado todo el día!...

—Tienes razón. Por eso me ha molestado que Jimmy me echase una bronca esta mañana.

—¿Sí?

—Como lo oyes. Había ido a ver a mi novia, a la que no veía hace mucho tiempo. Y encima me bronquean...

—¿Cómo es la chica. Ken?

—¡Estupenda! Y de las buenas. Me ha esperado todo este tiempo que he estado encerrado en la cárcel.

—Pues ya puedes decir que a buena: quedan pocas de esa clase.

—Es verdad.

Después de una pausa:

—Oye, Ted, si es verdad que nos quedan dos horas, ¿por qué no me dejas verla un rato? Jimmy me ha dicho que tenía que pedirle permiso y seguro que me lo niega si se lo pido tan pronto.

—¿Vive muy lejos?

—En la calle 36.

Ted bebió otro sorbo, reflexionando con los ojos entornados.

—Está bien, muchacho. Coge el coche, pero no tardes más de una hora. Si no, me vería obligado a decírselo a Conway.

—¡Gracias, chico! Y no te preocupes: tardaré menos...

Se alejó y el otro, con un vozarrón formidable, llamó:

—¡Oye, Ken!

Volvióse el agente, temiendo que el otro deseara acompañarle; pero Ted, con los ojos brillantes, dijo:

—¡Dale un besito de mi parte, ¿quieres?! ¡Ja, ja, ja!

—Se lo daré, granuja...

Saltó al coche, orientándolo rápidamente hacia el puerto. No había olvidado las instrucciones que Callowan le había dado y sabía ahora lo suficiente para poder informar.

Detuvo el vehículo en las cercanías del muelle destinado a los buques europeos. Y, abandonándolo, se dirigió hacia el borde del muelle, levantándose el cuello de la gabardina.

No había nadie.

La imponente silueta de un barco se dibujaba sobre el agua, pero ya debía haber sido descargado o cargado, puesto que no se veía a ningún obrero por allí.

Quizá Callown juzgase que era demasiado pronto para que el agente supiese algo.

Encendió un cigarrillo.

La lluvia era molesta y a ello se sumaba la desagradable sensación de estar perdiendo el tiempo.

«Si me mojo demasiado —pensó—. Ted sospechará que no he estado con una chica, en su casa...»

Decidido a irse, ya que no veía a nadie, volvió sobre sus pasos, dirigiéndose hacia el vehículo que había dejado no lejos de allí.

Abrió la portezuela, entrando en el interior. Puso el coche en marcha y cuando lo dirigía por entre el complejo sistema de tinglados, una voz sonó a sus espaldas.

—¡Hola, Ken!

Se estremeció, teniendo que dar un golpe de volante para dominar el vehículo.

Pero había reconocido la voz y sonrió:

—¡Menudo susto, señor!

—No será para tanto —repuso Callowan—. Te esperé todo el día de ayer...

—No pude venir.

—Lo supongo.

—Tampoco creí que viniese usted personalmente.

—Era necesario. Los acontecimientos se precipitan y deseaba hablar contigo.

—¿Ha ocurrido algo?

—Ocho personas han pagado un millón cada una.

—¡Caramba!

—Sí, el chantaje más fabuloso que hemos conocido se está haciendo, ante nuestras propias narices, sin que podamos hacer nada por evitarlo.

—Ahora podremos intervenir, señor.

—¿De veras? ¿De qué te has enterado?

—He visto a Parker, señor.

Donald exclamó:

—¿Eh?

—Sí. Lo han convertido en uno de esos horribles monstruos y está junto a los dos niños que desaparecieron: John Perelle y Emily Yuen. También los niños son dos bestias rojizas.

—¿Dónde están?

—Los tienen encerrados en una casa...

Ken dio las señas exactas, que Callowan anotó rápidamente.

—¿No sabes cómo han logrado esa transformación?

—No. Aunque tengo una idea... que no es mía: parece ser que se han servido de un virus.

—¿Un virus?

—Sí. Lo han debido verter en algo que esas pobres criaturas tomaron, convirtiéndolos en bestias.

—¿Y cómo pudo el doctor Holsen curar a un niño, a John, en una sola noche, antes de que se escapase?

—No lo sé. Seguramente con el antivirius o el antídoto.

—¡No lo entiendo! Hay algo, en esto, que no acierto a entender.

—Tiene usted razón: hay algo que no encaja en el rompecabezas, pero ya lo sabremos.

—Sí. Lo importante es apoderarse de esos niños y de Parker. Los llevaremos a un sanatorio, evitando toda publicidad, y veremos lo que los médicos pueden hacer por ellos.

Iba Ken a decir que ya había una maravillosa doctora preocupada por el problema, pero se mordió los labios. Quizá el «viejo» no hubiera admitido el que perdiese el tiempo acompañando morenas con título.

Momentos después, Donald le tocaba en el hombro.

—Para aquí.

Y cuando el joven lo hizo:

—Sigue trabajando y ven por aquí cuando quieras. Te pones en el mismo sitio, sin mirar al coche. Y yo u otro del Servicio, estará dentro cuando regreses al auto.

—De acuerdo. Se me olvidaba decirle que esta noche Ted y yo, vamos a hacer un trabajo.

—¿Cuál?

—Lo ignoro, pero creo que se trata de algo relacionado con una nueva petición de «fondos».

—Bien. Abre bien los ojos y no te fíes demasiado. Ya te he dicho antes que hay algo que no acabo de «tragar» en este asunto. ¡Algo se nos escapa, Ken!

—Tendré cuidado.

—¡Hasta la vista, muchacho!

—Adiós, señor.

Dirigió el coche hacia el centro, mirando después la hora. No le gustó lo mojada que estaba su gabardina, pero, momentos más tarde, se detenía, ante una perfumería, donde compró un tubo de rojo de labios.

De nuevo en el coche, manchóse el borde del cuello, la manga y el pañuelo, tirando el tubo por la ventanilla.

Diez minutos más tarde estaba junto a Ted, que le miró, asombrado.

—¡Vaya manera de mojarse, muchacho!

Ken se sentó a su lado.

—He tenido mala suerte.

—¿No la has visto?

—Sí, pero estaba su madre... y hemos tenido que vernos fuera.
Ted soltó una ruidosa carcajada.

—La suegra, ¿eh? ¡Empiezas pronto, muchacho!

Ken sacó el pañuelo para secarse la frente y el rostro, que tenía mojados. Y el otro, naturalmente, se fijó en las manchas rojas de la tela.

—¡Eh, amiguito! ¡Ahora comprendo a esa suegra! ¡Tiene razón!

—¿Por qué?

—Porque vas a dejarle sin hija, ¡ja, ja, ja!

Ken estaba más que harto de aquella comedia.

Y guardándose el pañuelo:

—¿Nos vamos?

—Sí.

Ted se puso al volante, descendiendo aún más; pero antes de llegar a Batery, torció, atravesando el puente y dirigiéndose, como temía ya el otro, a Richmond.

Pasaron ante la casa de Miriam y Ken tuvo que hacer un esfuerzo para no volver la cabeza; de todos modos, se dio cuenta de que las persianas estaban cerradas, lo que quería decir que la valiente muchacha debía estar ya camino de Venus.

Luego pensó en lo que iba a ocurrir cuando la SIP se llevase a los extraños prisioneros de aquella casa. Era indudable que las sospechas de la banda recaerían sobre él, por lo que tendría que «espabilarse» si no deseaba terminar como Parker.

Se estremeció.

Momentos más tarde, el vehículo se detenía, en una senda apartada.

—Tenemos que esperar aquí.

—Bien.

Ken sacó el paquete de cigarrillos; pero el otro, con un gesto brusco:

—¡Guárdalo! —ordenó—. No podemos fumar aquí.

—De acuerdo.

La lluvia seguía cayendo y por eso no oyó Ken al otro vehículo que se detuvo, con los faros apagados, detrás del que ocupaban ellos. Pero Ted, que debía estar pendiente del retrovisor, dijo:

—¡Vamos!

Bajaron, acercándose al coche, un vehículo birreactor de color negro intenso.

Había un hombre al volante.

—¡Hola, doctor!

—Hola, Shulver, éste es el nuevo?

—Sí, se llama Ken Tuller, doctor Holsen.

—Bien.

¿Así que aquél era el famoso y misterioso doctor Holsen?

Ken le miró, viendo las gruesas gafas que cubrían sus ojos.

—Ahora voy hacia allá —explicaba Holsen, con voz comedida—.

Dentro de veinte minutos, exactamente, haces sonar el pito.

—¿Vendrá enseguida?

—Como siempre.

—¿Dónde lo llevamos?

—A la casa número dos.

—Entendido.

Retrocedió el coche de Holsen, alejándose silenciosamente.

Cuando desapareció, Ken preguntó:

—¿Qué es eso del pito, Ted?

—Ya lo verás.

Pasaron los veinte minutos previstos con una lentitud espantosa para el agente. Ted estaba pendiente del reloj y no despegó los labios en todo aquel tiempo.

Finalmente, cuando las saetas del reloj marcaron el tiempo esperado, el gordo sacó un silbato del bolsillo, llevandoselo a los labios y soplando en él con todas sus fuerzas.

¡Pero no salió del aparato ningún sonido!

Ken frunció el entrecejo y el otro, al ver su asombro, sonrió.

—Extrañado ¿eh?

—¡No entiendo nada!

—Mejor que mejor. Cuanto menos sepas, menos complicaciones para ti. Ya sabes que saber demasiado es, casi siempre, contraproducente.

—Tienes razón.

—Ven hacia acá.

Se colocaron junto al tronco de un árbol, esperando en silencio.

Poco después se oyó un rumor de pasos apagados, no lejos de allí, Ted se llevó de nuevo el silbato a los labios, soplando con

fuerza.

Aumentó el ruido de pasos y poco después, a la luz incierta de la luna que luchaba contra las nubes, Ken pudo ver una silueta que rápidamente se acercaba a ellos.

No pudo evitar un escalofrío.

Porque ¡aquella era una de las horrendas criaturas de pelambre rojiza!

Sacó la pistola.

Pero Ted, con un gesto, le tranquilizó:

—Guarda eso y no tengas miedo: es manso como una ovejita.

El monstruo se acercó a ellos.

Y Ted, adelantándose, le pasó la mano por la nuca, rascándole el vello, sonriente.

—Te has mojado, ¿eh, amiguito? ¡No te importe! Pronto estarás en casa, calentito, con tus amigos!

La bestia emitió un suave rugido.

Cogiéndola del brazo, familiarmente, Ted la llevó hasta el coche, haciéndola entrar en la parte de atrás. El animal se sentó en el asiento, mirando a los hombres con sus negros y profundos ojos negros.

—Pasa y siéntate.

—¿Ahí?

—¡No tengas miedo! Ya te he dicho que es inofensivo.

Ken suspiró, penetrando después en el coche, pero sentándose lo bastante lejos del animal, al que miraba intranquilo, con la mano en la culata de su pistola.

Se puso el vehículo en marcha, atravesando nuevamente el puente. Pero Ken, que esperaba, no sin cierto temor, que se dirigiesen a la casa donde estaban los otros desdichados, y donde podían estar ya los muchachos de la Spacial International Police, respiró al ver que se detenían ante otra casa, en cuyo interior y en jaulas limpias y bien iluminadas pudo ver un par de docenas de aquellos animales.

Había un viejo que los cuidaba.

—Abuelo —le dijo Ted—, ahí tiene al que faltaba. ¡Cuídelos bien!

—¡Claro que los cuido! Aunque no me gustan nada. Preferiría estar vendiendo helados, como antes...

Capítulo

IX



STABA soñando?

Se encontraba en uno de estos estados paradójicos, quizá en pleno sueño, dándose cuenta de que no estaba despierto pero pudiendo al mismo tiempo, «verse» en aquella situación.

La angustia le oprimía el pecho.

Ante sus ojos, o ante su mente, desfilaban escenas rápidas, mezclándose las unas con las otras, en una baraúnda, en una confusión indescriptible.

Veía a los agentes de la SIP penetrando en aquella casa, liberando a los pequeños y a Parker, que se defendía, gruñendo como una bestia primitiva. Luego vio a Miriam, con el agua de los pantanos venusinos hasta las rodillas, avanzando penosamente, rodeaba de una vegetación exuberante y selvática.

Y entre las hojas de acuellas fabulosas plantas, unos ojos negros, muchos pares de pupilas, mirándola intensamente, siendo apenas visibles los cuerpos cubiertos de vello rojizo...

—¡Cuidado! —gritó, mientras se movía en el lecho, presa de un terror espantoso.

Luego se fue calmando y la pesadilla tomó otros caminos, viéndose rodeado por la banda, mirándole todos con una sonrisa

cruel en los labios.

Entonces se despertó.

La luz estaba encendida y se sentó, asustado, en el lecho, mirando o su alrededor con los ojos muy abiertos.

Allí estaban todos.

Conway, Ted, Pat...

Y el doctor.

Ted y Pat tenían las pistolas en la mano. Y este último tenía, precisamente, la suya.

Todos sonreían, como en la pesadilla, excepto Holsen, que tenía los labios fuertemente apretados.

Ken intentó sonreír, pero no logró más que una pobre mueca. Se daba cuenta de que los acontecimientos debían haberse precipitado y la SIP, al liberar a los prisioneros, había abierto los ojos de la banda.

En la jerga de los agentes de la Spacial International Police aquella incómoda y peligrosa situación recibía un nombre: «quemado». Y cuando un agente estaba «quemado», poco podía hacerse por él.

Era una mala baza que tenía que encajar.

Fue Conway quien rompió el silencio.

—Lo sabemos todo —dijo.

«¡Granuja! —pensó Ken—. ¿Me crees tan estúpido de no darme cuenta de que deseas sacar la verdad con una mentira?»

Por eso, con una expresión de extrañeza, preguntó:

—¿Qué es lo que sabes, Jimmy?

—Todo.

—No te entiendo.

—¡Deja que me ocupe de él, Jimmy! —aulló Pat.

—Espera. Ken es muy listo, ya nos lo demostró. Pero esta vez no vamos a dejar que pelee contigo. ¿Verdad que no, Ken?

—Yo no tengo ganas de pelear con nadie. Además, si te explicases más claramente, podría entenderte.

—Eres duro de mollera, ¿verdad? Pues bien, te serviremos: sabemos que eres un perro de la SIP.

Ken lanzó una carcajada que, a pesar suyo, sonó & falso.

—¿Yo de la SIP? ¡No me hagas reír, Jimmy! ¿Quién te ha contado esa fábula?

—Eso no importa. Eres de la SIP y no tenemos, a ese respecto, la menor duda.

—No se puede juzgar a nadie sin pruebas.

—Las tenemos.

—No lo creo.

—¿No sabes que los tuyos han registrado la casa donde estuviste anteayer?

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirió Ken, contentó, en su interior, de que se hubiera liberadora los prisioneros.

—Que, de todos nosotros, tú eres el único que puede haber hablado.

—¡Bah! ¡Eso no demuestra nada! ¡No son pruebas! Ted o Pat podían haber hablado como yo: todo depende de la recompensa...

El ex púgil lanzó un bufido.

—¡Déjame, Jimmy! —suplicó, rechinando de dientes.

—¡Cállate, imbécil!

Dirigiéndose al agente, continuó:

—Sé que eres muy listo porque nos has engañado de una manera extraordinaria, pero ahora no tienes salida.

—Sigo sin estar de acuerdo contigo: no tienes pruebas y quieres que yo pague los vidrios rotos por otro, al que no has descubierto.

—¡Basta! —Y tras una pausa—. ¡Ted!

—Di.

—Trae lo que sabes.

—Bien.

Desapareció, y Ken, en medio del silencio que se había hecho, no pudo por menos de ver que su futuro se ennegrecía, aun antes de saber qué clase de sorpresa le habían preparado aquellos granujas.

Para cuando la puerta volvió a abrirse y vio a Miriam, con el vestido deshecho y los hombros desnudos, marcados por señales moradas, saltó del lecho. Pat le golpeó con la pistola para retenerle.

—¡Canallas! —rugió.

Conway dejó escapar una risita.

—Una sorpresa ¿eh? ¡imbécil! ¿Creíste que no te íbamos a seguir cuando saliste aquella mañana? ¡Aquí tienes a tu amada que, menos fuerte que tú, nos lo ha dicho todo!... No negarás ahora que eres un agente de la SIP, ¿verdad?

—¡Idos al infierno!

—Así me gusta, Ken. Ya te dije que teníamos pruebas suficientes.

Ella le miraba, con los ojos arrasados por las lágrimas.

—¡No me dejaron ir a Venus, querido! Me cogieron antes de que pudiera llegar al Espaciódromo.

—No te preocupes, Miriam. Terminarán en la Cámara Electrónica.

—Hablas demasiado, Ken-dijo Conway. —Porque tus sorpresas no hacen más que empezar.

Ken no dijo nada.

Jimmy, acercándose a él, dijo con una sonrisa cruel:

—Todos los triunfos están en nuestras manos. ¿Te das cuenta?

Como Ken se mantuviese callado, añadió:

—¿Te gustaría ver sufrir a tu amada, muchacho? ¿Sabes lo que Pat sería capaz de hacer por ponerte fuera de sí?

La frente del agente estaba empapada de sudor.

Después de un silencio opresivo, preguntó:

—¿Qué queréis?

—¡Así se habla! Está bien, Ken: deseamos que sigas trabajando con nosotros, pero de una manera especial.

—¿De cuál?

—Fíjate si te queremos bien, que deseamos hacerte socio en nuestro negocio, Ganarás mucho dinero y figurarás entre la lista del Comité de Dirección.

—¿Qué más?

—Muy poco. Informarás a tu jefe de que te has equivocado y de que Pro Venus es una organización normal.

—¿Estás loco? ¿Y los pobres tipos de la casa aquella?

—No te preocupes: ya tenemos una explicación. Tu queridísima novia nos ha hablado de sus proyectos. Y resulta que tiene toda la razón: emplearemos un virus para convertir a los seres humanos en bestias rojizas. Y debe existir un antídoto, en Venus, para hacer lo contrario. Así, tu amada y el doctor Holsen van a salir para allá, con el fin de descubrir el antivirus y poder devolver su aspecto natural a los que hemos convertido en bestias rojas.

—Pero ¿no hizo Holsen eso con el pequeño John?

—Sí, pero los efectos de la inyección, tal y como pensábamos, no duraban más que unas tres horas.

Y John Perelle volvió a convertirse en un animal. Por eso tuvimos que apoderarnos de él. Para ocultarlo. Nos dolía que su padre viese que habíamos fracasado, después de pagarnos.

—¡Muy amables!

—No lo tomes a risa, Ken. Y piensa en la maravillosa oferta que te hemos hecho. Todo puede arreglarse de esta manera. Por un lado, la Pro Venus queda limpia de culpa...

—¿Y el chantaje?

—¡Oh, eso se ha terminado! Haciendo cálculos, hemos llegado a la conclusión de que ya no necesitamos forzar a nadie. La organización se ha hecho muy popular y ya podemos decir que se defiende con la ayuda directa que aumenta sin cesar.

—¿Y los monstruos?

—En cuanto Holsen regrese, con tu amada doctora, les daremos su aspecto normal, devolviéndolos a sus familias... por una cantidad discreta.

—¡No pierdas esta ocasión, Jimmy!

Éste sonrió.

—Los negocios son los negocios, amigos...

—¿Y el agente?

Conway frunció el entrecejo.

—También lo libraremos... si te portas bien.

No eran tontos aquellos tipos.

Desviando la organización de la SIP, la Organización podía seguir explotando la buena fe de la gente, llenando los bolsillos de la banda de un dinero que aflucía generosamente.

Miró a Miriam.

Ella estaba silenciosa, con la mirada baja y sin decir palabra, hundida, como los demás, en aquel silencio expectante.

Ken lo rompió con voz fuerte y firme:

—¡No acepto!

—¿Eh?

—Lo que oyes. Puesto que ya sabéis que soy un agente de la SIP, sabed también que ninguno de nosotros se vende. Y que, tarde o temprano, pagaréis caro lo que habéis hecho.

—¡Déjame a la muchacha! —pidió Pat.

Pero Conway atajó:

—Está bien, idiota. Creo que, sin necesidad de hacer daño a esta

muñeca, obtendremos lo que queremos. Tu novia y el doctor saldrán hacia Venus, como estaba previsto, en busca del antídoto. Tú, estoy seguro, reflexionarás y cambiarás de parecer.

—¡No lo creas, maldito!

—Ya lo veremos...

Volviéndose a Holsen ordenó:

—Prepare una dosis de virus doctor.

—¡¡No! —aulló Miriam llena de terror.

—¡Sácala de aquí Ted. —Ordenó Jimmy.

Conway tenía también una pistola en la mano, lo que permitió que Pat atase al agente al lecho, con tal fuerza que las cuerdas penetraron en su piel como cuchilla?

Poco después, el doctor regresó con una jeringuilla.

Conway, junto al agente, le dijo:

—Piénsalo bien, Ken.

—¡Ya lo he pensado!

—Reflexiona-insistió el otro. —Voy a decirte que te verás cubierto por aquella piel rojiza y peluda. Pero eso no es todo; poco a poco, día a día, hora a hora, sentirás que vas a convertirte en una bestia, en un ser primitivo... La razón te abandonará y serás incapaz de pensar. Tampoco podrás hablar y de tu boca no saldrán más que rugidos...

Ken le miró a los ojos.

—De alguna manera hay que morir, Jimmy. ¿Piensas que será mucho menos terrible el momento en que penetres en la Cámara Electrónica?

—¡Imbécil!

Le abofeteó con fuerza, haciendo que los labios del agente manasen sangre.

Luego, dirigiéndose al médico, gritó:

—¡Ponle esa inyección, Holsen!

—De acuerdo.

Ken no pudo evitar el terror que le invadió, al mismo tiempo que el líquido le penetraba, poco a poco, en la vena del antebrazo.

Luego perdió el conocimiento.

Al despertar, la luz estaba aún encendida.

Intentó moverse, pero las ligaduras se lo impedían. De todos modos, levantando un poco la cabeza, pudo darse cuenta de que su

cuerpo se había cubierto de pelo rojizo, que le cubría por entero.

El pánico que le invadió fue tan grande que estuvo a punto de gritar; pero se dominó, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

* * *

Callowan gruñó un «¡adelante!», sin levantar la mirada de los papeles que estaba leyendo.

El agente penetró.

—¡Buenos días, señor!

Levantando la mirada, Donald frunció el entrecejo:

—¿Qué tal?

—Hemos fracasado, señor.

—¿Eh?

—Sí. Encontramos la casa, con sus jaulas y su foso, lo que demuestra que Ken no se había equivocado, pero no había nadie dentro, señor. Estaba completamente vacío.

El jefe de la SIP cerró los puños.

Luego exclamó:

—¿Cómo diablos han podido prever nuestra visita?

—Lo ignoro, señor.

—¡Ya lo sé que lo ignora! ¡Todos, ahora, somos un puñado de despreciables ignorantes! Y no es eso lo peor: Ken está «quemado» y Dios sabe qué estará pasando en estos momentos.

—¿No podemos hacer nada por él, señor?

—No lo sé.

Después de una pausa preguntó:

—¿Fueron los del laboratorio a la casa?

—Sí.

—¿Y qué?

—Se han quedado allí, señor: trabajando.

—Bien. Iré a verlos dentro de poco. Tú ve a descansar. Has pasado la noche en blanco y...

—Perdone, señor; pero preferiría hacer algo.

Callowan sonrió.

¡Así eran los muchachos de la SIP!

—Ve a la cama —insistió—. A cada uno nos toca nuestra hora de actuar: ahora ha llegado la mía.

Capítulo

X



E estallaban las venas del cuello. Durante todo aquel tiempo, mientras no dejaba de esforzarse en pensar antes de que su mente, al embrutecerse, como le había anunciado Conway, dejase de hacerlo, había intentado romper las cuerdas que le ataban al lecho.

¡Y casi lo había conseguido!

¿Cuánto había sufrido por lograrlo?

Tenía el cuerpo dolorido. Y, a través del pelo rojizo que cubría su nueva piel, la sangre había brotado, dando un tono escarlata en muchos sitios a aquella pelambre siniestra.

¡Tenía que darse prisa!

Antes de que su mente dejase de trabajar normalmente era necesario salir de allí para, no sabía cómo, avisar a Callowan.

Antes de que la catástrofe se produjese.

Cuando la cuerda, finalmente, saltó en pedazos, tuvo que descansar unos minutos antes de ponerse en pie.

Decidiéndose, se incorporó, notando que estaba molido, extremadamente débil y que debería hacer un terrible esfuerzo para salir de allí.

Había perdido mucha sangre y el cuerpo le escocía allí donde las

cuerdas habían labrado su piel.

Pero tenía que decidirse.

Abriendo la puerta, vio que el pasillo estaba oscuro y desierto: una luz al final era la única fuente lumínica, lo que facilitaba, en cierto modo, su huida.

Se dio cuenta de que era de noche y que las oficinas estaban vacías. Al bajar las escaleras, pensó que podía escapar por la puerta de atrás, ya que daba a un callejón por el que, sin llamar excesivamente la atención, podría llegar hasta un teléfono.

Aunque...

¿Cómo podría presentarse en cualquier parte con aquel aspecto?

Le habían quitado la ropa y su desnudez era espantosa, ya que el vello rojizo le daba la estampa de una bestia escapada de una jaula.

No iba a ser fácil.

Atravesó el salón, ahora vacío, yendo hacia la parte posterior de los mostradores.

Y entonces, cuando se dirigía a la puerta, tropezó con Pat, que venía de fuera.

—¿Eh? —Lanzó el ex púgil.

Pero Ken no estaba dispuesto a perder tiempo en explicaciones.

Su mano derecha salió lanzada, golpeando, con el borde de los dedos, la nuez del otro, que había intentado, inútilmente, parar el golpe. Un gruñido sordo escapó de sus labios y cayó de rodillas, quedando después tendido a los pies de Ken.

Pasando sobre el cuerpo de Pat, Ken dirigióse a la puerta, saliendo al exterior, en el callejón, fuera ya del edificio ocupado por las oficinas de la siniestra organización.

Respiró.

Avanzando, con cautela, llegó a la esquina, junto a la avenida profundamente iluminada.

Estaba muy concurrida.

Pensó entonces que jamás podría pasar de allí y que, por lo menos, pudo haber cogido el traje de Pat, vistiéndose con él para pasar más disimulado.

Debía hacerlo, si deseaba salir a la luz.»

Pero, cuando iba a volver sobre sus pasos, un disparo sonó a su espalda, pasándole la bala rozando su cabeza.

Miró hacia atrás.

Pat, que se había recuperado mucho antes de lo que Ken pensaba —debido a que no le golpeó, débil como estaba, con la fuerza necesaria—, estaba ahora en la puerta, con la pistola en la mano.

¡Pam!

Otro disparo y Ken sintió una quemazón en la cadera.

¡No podía quedarse allí!

Salió a la luz, sin dudarle ni un momento más.

Y, naturalmente, los gritos de los transeúntes corearon su aparición.

Corría.

Pat, detrás de él, disparaba, pero sin efectividad, ya que el agente no sentía ya las balas.

Pero lo que constituía un peligro horrible era el terror y el pánico que su presencia despertaba en la gente. Gritos por todos lados, algún alarido histérico.

Y de repente...

¡Justamente lo que esperaba con miedo!

Pitidos de los agentes, carreras, sonidos de botas claveteadas, órdenes per todos lados.

Corría como un loco.

Desfilaban ante él los escaparates iluminados de la Quinta Avenida. Y los pasos y los pitidos eran cada vez más numerosos y cercanos.

Hasta que la primera ráfaga agujereó el escaparate que tenía a su espalda, cuya luna saltó hecha pedazos.

—¡Matadlo! —gritó una voz.

—¡Abatidlo!

—¡Ha debido escapar del Zoo!

—¡Es peligroso!

—¡Apuntad bien, muchachos!

Y las balas llovían, como ráfagas de plomo, destrozándolo todo y no tocándole, hasta entonces, de milagro.

¡Ra-ta-ta-ta-ta-ta...!

Mordían los proyectiles en las piedras de las fachadas, saltaban los escaparates, destrozábanse las luces.

Correr.

Escapar a aquella muerte que se cernía por todos los lados: una

muerte estúpida, ya que era la policía la que disparaba contra él. Pero no podía detenerse para decirles quién era, porque jamás le hubieran dado tiempo suficiente para entenderlo.

Le consideraban, por su aspecto, como una fiera peligrosa que había que eliminar, fuera como fuese, antes que hiciese daño a alguien.

Llegaba a la esquina de la Calle 16 cuando, de repente, unos vehículos policíacos desembocaron en ella, cortándole definitivamente el paso.

¡Estaba perdido sin remedio!

Saltaron los agentes.

Entonces, una silueta, salida de un vehículo, avanzó corriendo, moviendo los brazos.

—¡Alto! ¡No disparéis más!

¡Callowan!

Callaron las armas y el jefe de la SIP llegó junto a Ken, cuyas piernas se negaban a sostenerle.

Pero los brazos fuertes de Donald lo sostuvieron.

—Mal rato, ¿eh, muchacho?

—¡Horrible!

Y no dijo más.

La sangre perdida y la fatiga le vencieron; inclinó la cabeza, perdiendo el conocimiento.

* * *

¡Menuda caja de habanos!

Callowan se había vuelto magnánimo y la pasó a su alrededor, invitando a cuantos estaban en el despacho.

Ken, completamente recuperado; Parker, como él; Howard Perelle, Clinton Yuen, ambos sonrientes.

Y una docena más de los hombres que habían entregado cada uno un millón.

Después de terminar la ronda de distribución de los habanos, Donald ocupó su asiento, encendiendo lentamente su cigarro.

Y después de aspirar con fruición de sibarita el humo del suyo, dijo:

—Generalmente no acostumbramos a explicar los casos resueltos. Ya saben que la SIP no ama la publicidad. Todos los

muchachos trabajan en silencio, sin pensar en condecoraciones ni admiración pública. Pero, en esta ocasión, deseo que ustedes, que han sido lesionados directa o indirectamente, conozcan los pormenores de algo que les admirará, demostrándoles hasta dónde llega el ingenio de los delincuentes para salirse con la suya.

Hizo una pausa, prosiguiendo luego:

—La historia comienza en Venus, donde llegaron, Junto a otros desesperados, un grupo de tres amigos; es decir, cuatro, ya que uno se les unió poco después: el doctor Holsen.

—¿Quiénes eran los otros?

—Conway, Pat y Ted.

—¿Iban a trabajar?

—No. Habían cometido algunos delitos aquí y sabían que estábamos muy cerca de detenerlos. Por ello se fueron. Una vez allí intentaren robar a los demás, pero pronto se dieron cuenta de que no había nada que hacer, ya que los colonos que fueron a Venus eran pobres como ratas.

—¿Y qué sucedió luego?

—Es curioso: Holsen descubrió la existencia de varios animales semejantes a nuestros monos en lo más hondo de la selva venusiana. No podemos decir cómo se le ocurrió la idea, pero lo cierto es que cogieron una docena de aquellos animales, regresando a la Tierra.

—¿Para extraer el virus?

—Un momento. La idea de Holsen era magnífica, pero necesitaba montarla bien. Y transcurrió una buena temporada antes de ponerla en práctica.

—¿Cómo lo hicieron?

—Encontrando una idea estupenda. La miseria de los colonos de Venus les había proporcionado un motivo. Y así nació Pro Venus. Empezaron visitando a gente rica, visitas que hacía Jimmy, dejando escurrir una amenaza entre sus palabras.

»¿Naturalmente, todo el mundo, cuando pedía un millón, le enviaban con viento fresco; pero, al llegar la noche, algún familiar de la persona visitada se convertía, de repente, en un ser monstruoso.

»El desdichado padre llamaba a sus médicos que no sabían, como natural, qué era aquello. Pero, poco después, llegaba el doctor

Holsen, que diciéndose enviado por Conway, ponía una inyección al enfermo, haciendo que recobrase su aspecto natural al otro día.

—¿Y cómo desapareció el pequeño John? ¿Para qué?

—Porque la ambición es algo que los humanos no podemos controlar. Y viendo la facilidad con que usted había pagado el millón, haciéndoles al mismo tiempo una publicidad maravillosa... y gratuita, se dijeron que con un rapto podrían, en determinado momento, cobrar otro millón.

—¡Desalmados!

Donald sonrió.

—Igual hicieron con Emily Yuen, no viéndose obligados a repetirlo en todos los casos, ya que muchos pagaron sin amenazas, puesto que la organización se estaba convirtiendo en algo interesante que ya no necesitaba de la truculencia de los monstruos.

—¿Y para qué trajeron los de Venus? ¿Para obtener el virus?

—No.

—¿Entonces?

—Nunca hubo virus, ni transformaciones en monstruos, ni enfermedades raras.

—¿Eh?

Sonrió al ver la expresión de sorpresa que se pintaba en los rostros de los visitantes.

—No hubo nada: todo fue truco.

—¿Cómo es posible? ¡Yo vi a John...!

—¡Y yo a Emily!

—Ustedes no vieron más que lo que les hicieron ver: dos monitos de Venus, con las ropas de sus hijos.

Y después de la exclamación de los dos padres, prosiguió:

—La banda contó siempre con una ayuda interior, que pagaron bien; en casa de usted, Perelle, con su ama de llaves; en la suya, Yuen, con la profesora de francés.

—¡Habría que detenerlas!

—Ya está hecho. Cada una cobró cien mil créditos por ayudar a la banda. Ya comprenderán que era muy sencillo. Ponían las ropas al monito, llamándoles a ustedes. Mientras, el niño estaba oculto, dormido gracias a una droga...

»Llegaba el doctor Holsen, ponía una inyección inocua al monito, y la gobernante o la profesora, a la mañana siguiente, les

enseñaba el niño, ayudando aún a que desapareciese, para, en el día de mañana, exigir rescate de los raptados.

—Pero su agente vio a los niños en aquella casa, Junto al señor Parker.

—Sí, pero ésa es otra historia.

Sin dejar de sonreír, explicó:

—La manera más segura de tener a los raptados y, entre ellos, a mi agente prisionero, era disfrazándolos de monitos venusianos. Para eso, como después hicieron con Ken, les desnudaron, cubriéndoles el cuerpo con vello de mono de Venus. Además, en el caso de Parker y de los dos niños los bandidos les mantuvieron drogados constantemente. Así, si alguien las encontraba, no podrían reconocerles, ya que era imposible que hablasen en el estado en que se encontraban.

—¡Horrible!

—Al llegar a aquella, casa, desdichadamente tarde, puesto que estaba vacía, los del laboratorio recogieron el pelo, viendo que se trataba de pelo «pegado —lo que nos demostró la trampa. Por eso, cuando me comunicaron que una bestia roja se había fugado del Zoo y que corría por las calles de la ciudad, ordené que no se hiciese fuego sobre ella, ya que estaba seguro de que se trataba de Ken.

—¡Así era, jefe!

—¿Y por qué no aceptaste las proposiciones de la banda? —inquirió Parker—. Según he oído, te amenazaron con torturar a tu novia.

Ken sonrió.

—¡Mi novia! ¡Explíqueselo, jefe!

Y Callowan:

—La doctora Miriam Shaw era el jefe de la banda.

—¿Eh?

—¿Es posible?

—Pero...

Callowan logró la calma, con un gesto de conciliación.

—Un momento, por favor... Hay que explicar algunos detalles que faltan para que todo encaje.

Y tras encender otro habano:

—Hubo jóvenes que se conocieron en la Universión de Michigan,

sección de Medicina. SI se llamaba Gary Holsen y ella Miriam Shaw.

—¡Arrea! —exclamó Parker.

—La pareja se casó poco después, pero las cosas no fueron bien en el matrimonio y Holsen desapareció, de la noche a la mañana, marchando en busca de sus amigos, a Venus.

»No hubo divorcio, porque Miriam no lo pidió. A pesar de las desavenencias con su esposo, sabía que era listo, muy listo. Y que, tarde o temprano, terminaría encontrando un “filón”.

—Así fue.

—En efecto. Ella, por su parte, no se defendía mal. Había caído en gracia en el elegante barrio de Richmond, habitado por millonarios y capitanes de industria. Por eso, cuando Holsen vino a verla, ambos se dieron cuenta de que la situación de la doctora, entre clientes tan importantes, era fundamental para el plan.

—¡Fantástico!

—No fue una casualidad lo que le ocurrió a Ken. Ella fue quien, controló a la gobernanta y a la francesa. Pero, sabiendo que acababan de robar en la organización, cosa que le comunicó Jimmy por teléfono, decidió intervenir. Y cuando le señalaron la presencia del agente en el «Paradise», puesto que Pat lo vio antes de que Ken le viese a él, ella fue allí, ocupando una mesa vecina a la del agente y ganándoselo, ya que había concebido el plan de interesarle, desviando la atención de la SIP hacia otro lado.

—¡Qué osadía!

—Yo me di cuenta de que me mentía cuando, sin haberle dicho nada, me habló de la «horrible cosa que había ocurrido a los niños y al agente». Yo no le dije más que Parker había caído en manos de la banda. ¿Cómo podía saber ella que los habían convertido en monos?

—Eso demuestra-intervino Callowan-que siempre hay una fisura en el plan mejor organizado...

Y ahora, señores, ¿un cigarro más?

Se alegró muchísimo de que nadie repitiese.

También estaba satisfecho porque aquel grupo de hombres de negocios se habían hecho cargo de la Sociedad Pro Venus, convirtiéndola en algo honesto. En cuanto a los monos, fueron a parar al Zoo de la ciudad.

Y un día que Parker y Ken fueron a visitarlos, no pudieron evitar

una mueca.

—¡Pensar que hemos sido de la familia! —exclamó Ken.





El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Un mundo cruel, con asesinos que no vacilan, con hermosas mujeres que acarian... antes de hundir el cuchillo en la espalda.

PRUEBA DE SANGRE

W. SAMPAS HA CONSEGUIDO QUE USTED LEA ESTA NOVELA DE UN TIRÓN... ¡Y TEMBLANDO EN CADA PÁGINA!

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.